



DGCL  
COM

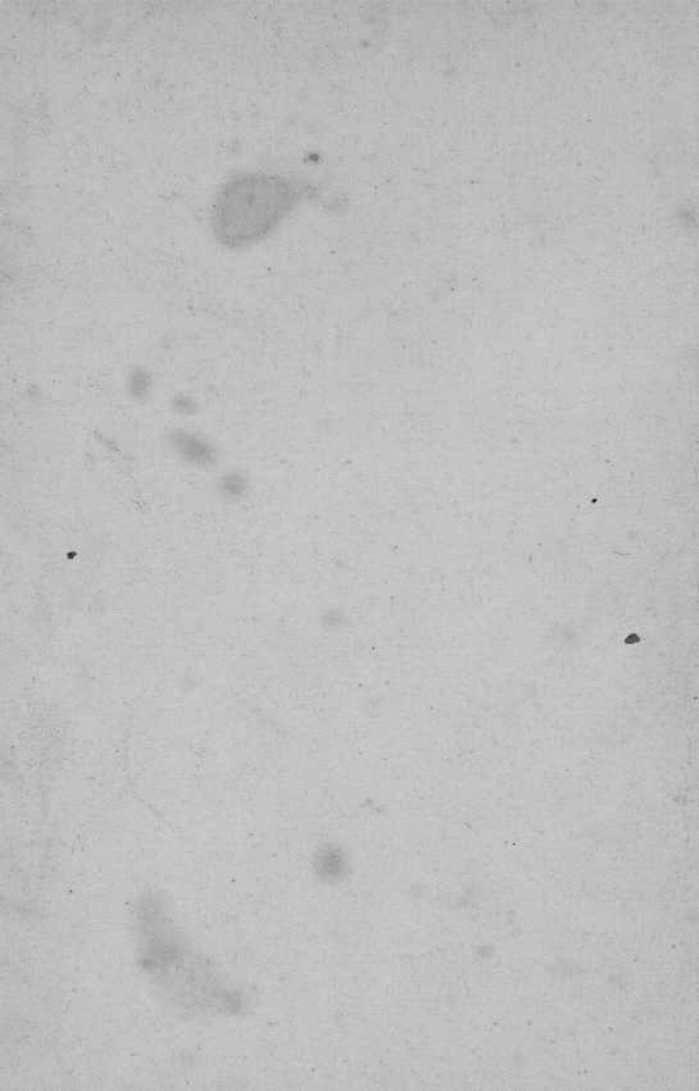
+ 515 860

C.





ESPAÑA  
GRANDEZAS Y MISERIAS



JOSE GARCÍA LAGO

ESPAÑA

GRANDEZAS

Y

MISERIAS.

VALLADOLID  
CASA EDITORIAL DE J. M. CUESTA  
MACÍAS PICAVEA, 38 y 40



## Á GUISA DE PRÓLOGO

---

Ni el autor de *Grandezas y Miserias* necesita de Mecenas para presentarse al público, ni en caso de necesitarlo, podría yo servirle de tal. Y no necesita de ningún Mecenas, porque es ya ventajosamente conocido del público que estudia y lee y que ha leído sin duda con fruición sus trabajos literarios en la prensa de Valladolid, y su bellísimo libro «Castilla y Felipe V» tan celebrado por escritores de atildado y clásico gusto en el arte de escribir la sonora y rica lengua á la que quitaron los andadores los Leones y Granadas. Pintaron

los antiguos, y también lo pintan los modernos, al trastuelo Cupido con los ojos vendados; y no deja de tener su filosofía práctica tal modo de pintar; y como el autor de *Grandezas y Miserias* tiene de mí un concepto que estoy muy lejos de merecer y me honra con una amistad noble, honda, del corazón, que ya quisiera yo fuera tal la de tantos que de ella hacen alarde, cuando no arma defensiva y ofensiva, háse figurado que con estampar mi nombre al frente de su trabajo, ganaría éste no poco por muchos conceptos. Pero entiendo yo, que todo ello no es más que ilusión producida por la venda del alado trastuelo. Sea de ello lo que quiera, que es cosa fea meterse en cierta clase de averiguaciones, el autor se cree honrado con que yo le prologue la obrita y sin duda no advierte que el honrado es el que prologa, por aquello de que reza el Derecho: *rationioni congruit, ut succedat in onere qui substituitur in honore*. Y harto me he

ocupado ya de mi insignificante persona, que si bien aficionada á escarceos históricos y literarios y hasta místicos y oratorios, andan por esos mundos, tan maltrechos por lo olvidados, que hasta su mismo padre los tiene en el más delicioso abandono. ¡Son tan raquíuticos y desmedrados!

No son de ésta laya los de mi querido amigo D. José García Lago, hombre pensador, vehemente por carácter, atildado en el decir y escribir, de brillante imaginación y de alma nobilísima y de tan honrados procederes, al fin como hijo de la hidalga tierra castellana, que no dudo en afirmar, que si la mayoría de los españoles pensaran tan hondo y hablaran y escribieran con la misma santa libertad y franqueza que el autor de *Grandezas y Miserias*, llevaría nuestra nación otros rumbos más seguros y lo presente y lo porvenir estarían despejados y no envueltos en las lóbregueses que nos hacen presagiar ó un total naufragio, ó por lo menos grandes

averías en el ya podrido casco de la nave del Estado.

Porque todo, ó la mayor parte, está corrompido, asegura valientemente nuestro Autor, y dice verdad, ¡ojalá no lo fuera! pudiéndose aplicar á nuestra querida Patria las palabras que á Dinamarca aplicó el gran Shakespeare: «hay algo en Dinamarca que huele á podrido»: y á podrido huele nuestra política, que es la más desdichada de cuantas políticas yo conozco; huele mal nuestra administración, como es público y notorio, véase la última muestra, el *Estampillado*; huele mal nuestra Marina de guerra, pero no; como carecemos de ella no huele ni bien ni mal; huelen mal los conatos de separatismo de la alucinada Cataluña, la inteligente y laboriosa Cataluña tan mimada y protegida en su industria por la Nación cuyo manto quieren ahora unos cuantos desmedrados desgarrar, bien poco cuerdamente por cierto; huele mal la emigración que nos desangra



haciéndonos el efecto de una sangría suelta; y hasta el constante vaivén de los gobiernos que se suceden unos á otros con la misma inestabilidad con que se suceden unas á otras las olas del mar; y los que nadan en la opulencia y los que gimen en la miseria y el sistema..... y todo está corrompido hasta lo más hondo, sin que se vea remedio posible á tanta desdicha, si Dios, en cuya mano están los destinos de las naciones, no nos envía una mirada de poderosa misericordia.

Porque de todo esto trata el libro que tengo el honor de presentar al público español, y lo trata con espíritu levantado y soberanamente patriótico, que es la nota que caracteriza al Autor, quien ya en períodos enérgicos, ya en diálogos sostenidos, ya en rotundos y sonoros versos, no indignos de Quintana, derrama el nobilísimo y acendrado entusiasmo que mana espontáneo de su corazón de español amante de las glorias de su Patria. Mucho

más pudiera decir el Autor, y yo también, pero ni él quiso dar demasiada extensión á tan palpitantes como trascendentalísimos asuntos, sin duda para que el lector de una simple ojeada pueda hacerse cargo de nuestro mísero actual estado, ni yo tampoco debo alargar más este pseudo-prólogo, porque no quiero incurrir en el defecto de los malos oradores, cuyos exordios resultan casi tan largos como el discurso.

Mas antes de poner punto final, no he de omitir dar una última pincelada, como acostumbran los discípulos de Apeles con sus cuadros, á los que ha dibujado mi excelente amigo en el libro en cuestión; libro que por los asuntos importantes, candentes y de palpitante actualidad que desarrolla, aparte del vivo interés y amor que demuestra por la madre Patria, bien merece que se le acoja con *amore*, no ya sólo por los amantes de la prosperidad de esta asendereada nación, sí que también

y sobre todo por sus gobernantes; pues envuelve una suma de grandeza muy elevada en todo cuanto se refiere á los prestigios y acrecentamiento del querido solar español, satisfaciendo, en mi desautorizado sentir, las aspiraciones de todo buen patriota, descubriendo sin bajezas ni humillantes concesiones, aunque sin altanería, los diversos caracteres del cáncer que devora lenta, pero seguramente á la nación, y juzgo que debe considerársela como obra nacional.

Lean, pues, todos este libro, que si bien pequeño por su escaso número de páginas, encierra un fondo de muy trascendental filosofía política; léanlo sobre todo los que están encargados del gobernalle de la nave del Estado, y méditenlo y rúmienlo muy detenidamente y sean los primeros en dar ejemplos de abnegación y patriotismo; que nada influye tanto en las costumbres de los pueblos como el ejemplo que les dan los gobernantes, según dicta la razón

---

natural y aconseja el Derecho: *Digna vox est majestate regnantis, legibus alligatum se principem profiteri; adeo de auctoritate juris nostra pendet auctoritas*; (1) mas... ahora caigo en la cuenta que *predicar en desierto*... y lo demás de la letra.

Valladolid Colegio de Padres Agustinos  
y Febrero de 1906.

FR. MIGUEL COCO.

---

(1) L. *Digna*, Cod. Justin. Lib. I, titul. XIV, leg. IV.

# ESPAÑA

---

Tu nombre significa la mayor pureza, jamás empañada por villanía aleve, antes enaltecida por tus hechos hidalgos, señoriales.

En el gran libro de la historia mundial figuras, con el valor positivo al que te han elevado tus hechos preeminentes; y si tu actual posición es tan modesta en el concierto europeo, no te importe, pues no hay quien ose negarte que en tus blancos y regios cendales has tenido y amamantado con la más delicada ternura, y hecho naciones libres á otros estados donde se narran tus gloriosas hazañas en tu incomparable idioma Castellano.

Considerándome el menor de tus hijos, siento indecible orgullo en rendirte el más justo homenaje á tus Grandezas, con esta obra que te ruego aceptes ¡Gran Señora! ya que no como producto de un cerebro de primer orden, á lo menos como sincera expresión de mis íntimos afectos.

Medina del Campo-16-Febrero-1906.

José García Lago.



## CASTILLA

---

**P**OR disposición inmutable de la Naturaleza, está desposeída de las galas que ofrecen los verjeles con sus plantas y las flores con su fragancia.

Sus llanuras son tan dilatadas que se pierden en el horizonte, con numerosos pueblecitos de humilde aspecto, descollando en ellos sus vetustos campanarios, altos y severos.

Sus llanos, laboriosamente aprovechados, están esmaltados por el vivo verdor de sus viñedos y la floresta de sus montes y pinares.

Su límite comienza al divisarse en lontananza las agrestes estribaciones de las

encumbradas montañas, que enlazándose unas con otras, forman la cordillera del Guadarrama, cuyas crestas permanecen nevadas hasta los meses del estío y cuyo deshielo aumenta el caudal de los ríos próximos.

En una de las villas de mayores recuerdos históricos, alzábase majestuoso edificio de larga fachada de ladrillo y sólida construcción, cercado todo él de altas paredes.

Adornaban la planta baja y principal cinco grandes ventanas y balcones, coronando la puerta de entrada un arco ovalado, descansando en caprichosos capiteles sobre dos altas columnas estriadas, teniendo por base sus pedestales un escalón de piedra de granito.

Sobre el balcón central un escudo de gran tamaño lucía los blasones esculpidos por hábil mano, ostentando en él la heráldica sus más significativos emblemas.

Enaltecía más la nobleza de los dueños un yelmo con flamante penacho, y tanto éste como el escudo revelaban la encumbrada alcurnia de uno de los más famosos linajes.



El enlosado zaguán de alta techumbre con raras y bien conservadas labores comunicaba con un patio grande cerrado en su parte alta por corrida galería de cristales.

Una cómoda escalinata de dos brazos terminaba en una meseta con dos puertas de doble tallado que daban acceso á las habitaciones contiguas.

Era la primera una sala bastante capaz con largos bancos de madera colocados á lo largo de las paredes, y varios rosetones que hacían juego con un escudo grande con un león en campo de gules, rodeado de un ramo de encina y otro de laurel.

Era la segunda mucho más espaciosa; diferentes alfombras pequeñas colocadas sobre otra que cubría el pavimento la hacían completamente comfortable.

El adorno del techo, alumbrado por una grande araña de cristal, pintado con exquisito gusto, representaba una matrona de agraciado semblante cuyas sienes ceñía una corona de hierro.

Se reclinaba con gallarda indolencia sobre unas nubes en un cielo diáfano, y alados amorcillos revoloteaban en derredor con expresión sonriente.

El manto de armiño, de artísticos pliegues, dejaba ver parte de sus formas esculturales, y sus pies, que calzaban sandalias con cintas entrelazadas hasta el tobillo, descansaban sobre varios atributos de la guerra y de la agricultura.

Preciosos guadamaciles cordobeses representaban varios bocetos de Goya.

Encima de los jaspes de las consolas campeaban estatuas y grupos de bronce fundido con varios candelabros de plata de primorosas labores repujadas, sosteniendo en sus brazos bujías de diferentes colores, perteneciendo tales obras de arte á la época de los más famosos orfebres españoles.

Antepuestos á una sillería de seda adamsada de estilo Imperio ocupaban los flancos del aposento sillones de alto respaldo con incrustaciones de nácar y clavos de plata de cabeza aplastada.

A tan rico decorado le daban cierto carácter suntuoso unas mesillas de mármol, sobre las cuales alternaban algunos tiores de mérito y valor por su escogido gusto artístico, diversidad de caprichosas figuritas de china y porcelana distribuídas

con tal profusión, que recreaban agradablemente la vista.

Los amplios cortinones de finísimo tul, que tenían en su centro bordada á realce una corona de cuatro florones con ramos iguales, compuestos cada uno de tres perlas, daban un tinte más suave al exceso de luz que penetraba por el hueco de los balcones.

A la incierta luz de fría aurora de invierno, llegó á la puerta del edificio descrito un hombre como de edad de sesenta años, de estatura regular y marcial continente.

Su conjunto fisonómico inspiraba simpatía; usaba un poblado bigote entrecano, cuyas hebras se enroscaban graciosamente en forma ondulada, terminando rectamente sus guías.

Por su porte y por su aspecto, lejos de inspirar sospecha alguna, producía atra-yente agrado.

El negro sombrero hongo de fieltro, de alas recogidas; el lustroso calzado y un grueso diamante, que llevaba engastado en el alfiler de su corbata de raso, era lo único que se le veía; porque iba envuelto

en un largo gabán, completamente abrochado.

Se apoyaba en un bastón, cuyo puño lucía una bonita figura de plata imitando la cabeza de un perro lebel.

Tras breves instantes de espera, después de golpear suavemente la puerta, apareció una joven sirvienta, á la cual cortesmente preguntó: ¿Vive aquí el Sr. Marqués de X?

—Aquí vive.

—Pues hágame el favor de entregarle ésto.

La sirvienta se retiró con la tarjeta recibida; volvió apresuradamente y le condujo, después de atravesar las habitaciones que ya conocemos, á otra donde había bastantes retratos pintados al óleo que semejaban un museo familiar, porque sus semblantes guardaban entre sí gran parecido.

Entre ellos los había de cuerpo entero, y unos y otros vestían con señalada suntuosidad preciosas casacas variadas, con sus altos cuellos, anchas solapas y puños vueltos recamados en oro y encajes.

Cubrían las cabezas de todos ellos empolvados pelucones, que daban á sus

semblantes señalado aire de aristocrática severidad.

El mobiliario podría ser más costoso, pero no de mayor novedad, compuesto de sillería de damasco azul, igual en un todo á los cortinones que amortiguaban la luz que penetraba por un balcón, dos armarios de caoba repletos de libros y papeles, una gran mesa con escribanía de plata, caprichosos pisa-papeles y diferentes objetos de escritorio.

La estera de cordelillo, que cubría el pavimento, evitaba toda frialdad y apagaba el ruido de las pisadas.



## VISITA INESPERADA

---

**S**ENTADO en un sillón de baqueta colocado junto á una monumental chimenea flanqueada por dos cariátides gigantescas, estaba un hombre alto, con barba negra, cara larga de color ligeramente atezado, enjutas mejillas y algo corta la nariz.

Envolvíase en una larga bata sujeta por gruesos cordones terminados por hermosas borlas de seda y abrigaban sus pies fuertes zapatillas de paño.

La indiferencia con que miraba arder los gruesos troncos del oloroso pino y oír el alegre chisporroteo que de vez en cuando alteraba el silencio que reinaba en la habitación, unido á cierta áspera gravedad

habitual en su semblante, denunciaba que se formaba de sí un concepto más elevado de lo que realmente valía.

Un gorro de terciopelo bordado en seda de colores cubría su cabeza. Cuando estaba más distraído mirando las llamas de los troncos resinosos que se quemaban iluminando el aposento, se percibió un ruido tan tenue como el que producen al girar sobre sí mismos los goznes de una mampara ó antepuerta.

Sacóle este ruido de la abstracción en que se encontraba y revolviéndose en el sillón, dirigió su mirada al recién llegado manifestando su semblante profunda extrañeza.

Se levantó apresuradamente abandonando su asiento, se dirigió hacia él y tendiéndole ambas manos le dijo con disimulada benevolencia y fingido y bien estudiado acento acompañado de una leve sonrisa que no pasó desapercibida para el huésped:

—Cómo tanto bueno por aquí? Cuándo se ha llegado? Y qué es lo que le trae por este pueblo?

Ante preguntas tan rápidamente dirigidas, el forastero no contestó sino después



de un momento de mirarle con fijeza no exenta de simpática condescendencia, dando tiempo sin duda á que desapareciera de su ánimo la impresión de su llegada.

—Ante todo y sobre todo ¿qué tal sigue de salud el Sr. Marqués y su bella hija Angelita?

—Yo, así, así; porque mis achaques no me permiten gozar tranquilamente de salud... Angelita, bien; cada día más interesante.

—Celebro infinito tal noticia, sintiendo de todas veras las de usted.

—Oh!... por lo mío no tenga usted cuidado; porque se trata simplemente de un ligero padecimiento de gota que no me prohíbe atender á los negocios con mi actividad acostumbrada, ni salir los días que hace bueno á correr á caballo alguna liebre, ni emprender mis viajes cuando es necesario, ni otras muchas cosas.

—Pues reiteradamente celebro que no revista otras proporciones.

—Gracias, gracias. Ya sé lo buen amigo que es usted. Me consta desde que nos conocemos.

—Sí por cierto; hace ya algunos años.

—Con que, vamos á ver, vamos á ver, ¿cuándo se ha llegado?

—Ayer á la caída de la tarde.

—Y piensa usted estar mucho tiempo por aquí?

—Solamente el que emplee en ventilar el asunto del señor Marqués y algún otro.

—Supongo habrá visto usted ya á los amigos Águila, Rebeco y al señor Cura.

—No señor; porque la visita á usted tiene para mí mucha más importancia que las de esos otros señores.

Al oír el Marqués tal afirmación miró con más fijeza á don José (tal era el nombre del visitante), volviendo á decirle en el mismo tono, pero sin indicar ningún desagrado:

—Es decir; que mi visita tiene honores de preferencia?

—Exactamente. Y antes que se me olvide ¿cuándo tendré el gusto de ver á su bella hija Angelita?

—Ahora mismo voy á llamarla. Y separándose de don José y tomando un cordón largo de seda que colgaba de la pared más próxima, tiró de él repetidas veces.

Inmediatamente se abrió la mampara avanzando hasta ellos Angelita con paso majestuoso y continente risueño.

El grato efecto que causó á don José la presencia de la joven la celebró el Marqués con una sonrisa de espontánea satisfacción.

Angelita constituía un conjunto de hermosura. Alta, bien formada; su rostro ligeramente ovalado. Grandes ojos negros de dulce mirar, radiantes de luz, sombreados por largas pestañas y pobladas cejas arqueadas graciosamente. Nariz de correctísimo perfil. Boca de purpurinos labios guarnecida de blanquísimos dientes, cuello redondo, opulento seno, finas manos, talle airoso dejando admirar la suave amplitud de sus hombros redondos y estrecha cintura.

Vestía con esmerada elegancia.

Al penetrar en la habitación su tez mámorea adquirió un tinte agradablemente sonrosado.

Mirábanla los dos hombres enteramente arrobados, cuando ella rompió el silencio haciendo á don José un saludo tan atento como afectuoso, el cual fué correspondido.

muy cumplidamente con frases de cortés benevolencia.

Iba don José á seguir la conversación cuando Angelita dirigiéndose á él y á su padre, les dijo:

—Si usted me permite, don José, voy á hacer algunos ejercicios de piano.

—Con mucho gusto, puede usted hacerlo por mi parte, se apresuró á contestar el interpelado.

Quedáronse solos don José y el Marqués. Este después de colocar una silla frente á su sillón le invitó á sentarse, al mismo tiempo que sacaba de una petaca de finísima piel con iniciales un largo cigarro habano encendiendo él otro.

Durante el corto intervalo que emplearon en encenderlos, no se oyó más ruido sino el de la lumbre de la chimenea, quedándose mirando en actitud expectante como si se consultaran quién de ellos iba á ser el primero en dirigir la palabra.

Observando el Marqués que su acompañante permanecía silencioso y como distraído en ver deshacerse las columnas de humo de su cigarro en las más extrañas formas espirales, que lentamente se

elevaban y desaparecían en el espacio, se decidió á preguntarle:

—Con que, amigo don José, ¿qué tiene usted de bueno que decirme de política?

—Nada.

—Nada! Me extraña.

—No se por qué; pues lo que podría decirle, lo sabe usted de sobra.

—Pero hombre; ninguna noticia de particular ha oído usted en Madrid que poder comunicarme?

—Absolutamente ninguna. Allí las noticias de la política se oyen con la más glacial indiferencia, fuera del reducido círculo formado por sus adeptos. Y sabe usted perfectamente que la clase alta vive la vida del lujo sin preocuparse más que de gozar de una vida muelle y de sus diversiones favoritas con que entretienen sus ocios, por cierto que algunos de esos pasatiempos traspasan los límites del orden y hasta del buen gusto. Que la clase media vive abrumada bajo el peso de las cargas públicas. Y en cuanto á la clase del pueblo, que sobrelleva su misérrima existencia respirando un ambiente de hambre, desnudez y miseria.

Esta y la clase media en algunos momentos de espontáneo patriotismo, se agitando señales evidentes del disgusto que les producen los asuntos públicos.

—Pero de cuándo acá ha renunciado usted á la política?

—Desde que me he desengañado completísimamente, hace tiempo, de que ningún gobierno gobierna á satisfacción, con arreglo á las exigencias del derecho nacional y á las necesidades del pueblo español.

—Pues no lo entiendo, amigo Don José; ¿acaso no se gobierna con el empleo de la política?

—No lo creo así; porque aunque es cierto que política es: gobernar el Estado, falta en muchos asuntos lo de acertadamente.

—De modo que, según usted, se gobierna desacertadamente?

—Sin duda alguna; yo, lo mismo que las personas que fijan su atención en tan grave extremo, no veo nada que merezca la aprobación ni que signifique acierto, ó lo que es lo mismo, habilidad, destreza y tino; me dirá usted que un gobierno se reemplaza con otro cuando á la nación no la merece confianza, ¿no es así?

—Exactamente.

—Pues bien; la frecuente repetición con que esto se verifica, nos demuestra con toda evidencia que una nación no puede estar bien gobernada, ni tener confianza en sus ministros cuando el juicio de éstos parece separarse de los de aquélla en cuanto se refiere á su espíritu de Grandeza.

—Sospecho, replicó el Marqués, que quiere usted decir que no son capaces de gobernar, ni están dotados de ilustración, y por esto mismo no cumplen con los altos deberes de su cargo.

—Pues sospecha usted malísimamente; porque los creo dotados de todas esas aptitudes y hasta de celo patriótico.

—Entonces, qué es lo que ha querido usted decirme?

—Que me extraña sobremanera el que esas mismas aptitudes que les reconozco, no las empleen en resolver los más urgentes problemas de trascendental importancia.

—Comprenda usted, amigo mío, que en España somos muy dados á querer hacer las cosas con la misma precipitación de nuestros deseos, y esto no puede ser; porque hay que dar tiempo al tiempo y sin

tiempo no puede hacerse nada. Usted cree que una nación se gobierna con tanta facilidad como se piensa, y que las demás no tienen problemas tanto ó más difíciles de resolver que la nuestra y acaso mucho más escabrosos.

—Comprendo, no niego y creo lo que me dice usted, Marqués; que nuestro temperamento meridional no aguija nuestra voluntad á poseer lo que no tenemos; pero lo que afirmo á usted es, que desde luego se padece aquí de indolencia crónica complicada con apatía patriótica, y si á este estado de indiferencia del alma se le comunicaran las impresiones necesarias, seríamos otra cosa que no somos, por desdicha.

—En parte tiene usted razón, Don José, pero no en todo; porque un gobierno no puede acudir á todas partes ni medir lo imprevisto; porque lo imprevisto, como alejado del cálculo, nadie sabe cuándo va á suceder.

—Pues yo creo, Marqués, que con los medios de acción de que dispone puede estar en todas partes, y con la perspicacia que debe tener, le es posible, sinó medir exactamente los sucesos, ver con



anticipación cómo y cuándo pueden suceder. Ahí tiene usted, sin más rodeos, lo que dicen diariamente los periódicos acerca de la emigración, lo cual es, y debe considerarse, como una sangría suelta nacional que reviste trascendentalísima importancia y de cuyo remedio radical nadie se cuida, atajándola con celo.

Puede usted comentar como guste tal hecho, pero creo que su lectura sonroja y entristece el alma.

Y al mismo tiempo que esto decía, presentó varios periódicos al Marqués quien empezó á leerlos con avidez.

En tanto que éste leía con toda atención recorriendo con ligero mirar las noticias expuestas y comunicadas por su amigo, consultó la hora de su reloj y aguardó á que terminara la lectura.

Un momento después devolvió los periódicos el Marqués y viendo á su amigo en actitud de marcharse exclamó con no fingida admiración: ¡Pero cómo, se marcha usted?

—Sí, señor; á menos que á usted no se le ocurra alguna cosa. Es la hora de comer.

—Puede usted hacerlo en nuestra compañía.

—Gracias; agradezco á usted su generosa invitación.

—Se la reitero á usted en nombre de Angelita y mío, no como obsequio ó muestra de urbanidad, sino por la satisfacción que nos causaría su compañía y personal asistencia.

—Por eso mismo repito á usted lo muy de veras que á los dos se lo agradezco.

Al cambiarse entre uno y otro las últimas frases de despedida, dijo el Marqués con interés:

—Hasta muy pronto, eh?

-- Pronto será. Esta tarde me ocuparé en mis asuntos.

Y tan pronto como salió del aposento y vióse solo murmuró indignado: «No es posible que España se regenere mientras no se proteja á los hombres, que bien en el libro ó en otros trabajos, se esfuerzan por difundir la ilustración y alimentar la santa hoguera del patriotismo».

## EMIGRACIÓN

---

EL día siguiente amaneció envuelto en una espesa niebla parecida á la bruma que se levanta en el mar, despejándose á medida que sus gruesos vapores eran deshechos por la acción del sol.

Sería sobre media mañana cuando se encontraban el Marqués y su amigo en la misma habitación del día anterior.

Ante ellos y sobre un pequeño mueble se veían en unos platos restos de pastas espolvoreadas de azúcar cristalina y un paquetito de cigarrillos de papel oscuro.

El Marqués, después de avivar con unas tenacillas de brazos largos de acero la lumbre de la chimenea, dió varios giros á

la conversación finalizándola con las continuadas preguntas de:

—Y bien amigo; ayer comenzamos á hablar de la emigración; qué ideas tiene usted formadas de ella? ¿Es conveniente ó inconveniente?

Se quedó mirándole el interpelado en actitud pensativa, contestándole después de un breve momento:

—Directamente expongo mis ideas con la mayor precisión y con la fijeza que requiere tan importante tema, afirmando, que cuanto propenda á abandonar y abandonar de hecho su país con ánimo de domiciliarse en otro extranjero, es completamente antipatriótico y por lo tanto inconveniente.

—¿Para el emigrante, ó para el Estado? Objétó el Marqués.

—Para el uno y para el otro; contestó resueltamente su amigo.

—No lo entiende así la inmensa mayoría de las gentes, al contrario; lo juzgan como un futuro éxito de sus aspiraciones.

—Yo lo considero como el mayor desatino generador de desgracias cuyo término

es el más desastroso, y cuya medida no tiene cuenta matemática; porque aun cuando logren hacer dinero los emigrantes resulta, generalmente, un fracaso. ¿Por qué? Porque la mayoría de ellos perecen sin conseguir su objeto que es el de realizar sus esperanzas; deseos acariciados por errónea fantasía que se funda sólo en lo difícilmente probable.

—Pero, no consiguen algunos hacer fortuna?

—Sí, señor; algunos, muy pocos. Los que desde muy jóvenes van apoyados en la base protectora de seguras colocaciones. Después de ésto, es necesario comprender que si aquilatamos este punto, las sumas que por este medio se importan de América y de otros países puede calcularse, justamente, que es dinero muerto.

El Marqués, no pudiendo ocultar su extrañeza se apresuró á preguntar: ¿Por qué?

—El por qué es bien sencillo, Marqués, y me extraña su asombro.

—Conque el por qué es bien sencillo? Lo será, pero no doy con él.

—Pues consiste en que no valen, ni con muchísimo, lo que valen los brazos de los

emigrantes; y cuenta que la inmensa mayoría de ellos fenecen miserablemente haciéndose á sí propios muy graves perjuicios y otros imensos á la patria.

—Bueno; pero convendrá usted conmigo que con el dinero se constituye la riqueza, y con ella se asegura la abundancia de bienes.

—Sí, Marqués; pero no puedo convenir, ni en hipótesis, con semejante teoría; porque sería incurrir en un error muy grave.

—¡Que sería incurrir en un grave error afirmar que la riqueza es el dinero...!

—Desde el mismo instante que cualquiera persona le da cabida en su imaginación, comete un error enorme, enormísimo. Sabe usted por qué, Marqués? Porque el trabajo del hombre es la verdadera fuente de riqueza, concreta y terminantemente. Aparte de este positivo concepto, el trabajo ennoblece, moraliza y agranda las facilidades de la vida, en tanto que el ocio desmoraliza y aminora el vivir fácilmente, proporcionando con la indolencia los mayores retrocesos. Además; los capitales que la emigración importa en la

madre patria, ¿compensan la pérdida de muchos millares de brazos?

—Doy mi asentimiento; pero volviendo á mi pregunta anterior ¿es conveniente ó inconveniente la emigración? ¿En qué quedamos?

—Quedamos en que es, INCONVENIENTÍSIMA, ya por lo expuesto, ya por la razón sencilla de que España no se encuentra tan poblada que sea necesaria la emigración, y no estándolo, ésta es inconveniente en alto grado.

—Y cuando esos brazos no se emplean, ¿qué han de hacer más que emigrar á otros países?

—Verdad es; pero convenga usted en que no se quiere emplearlos.

—O en que no hay dónde emplearlos.

—Lo que sobran son medios para ello.

—Vamos á ver: ¿qué medios conoce usted? porque yo no encuentro ninguno, á no ser promoviendo grandes trabajos urbanos, ó de otro género parecido, y esto es casi imposible; pues conoce usted muy bien la crisis aguda que está padeciendo el Estado, Diputaciones y Corporaciones municipales.

—Marqués, no ignoro como no ignora nadie, la crisis en que la nación se encuentra; como tampoco ignora nadie que la causa primordial de esa crisis es nuestra detestabilísima Administración; todos los días estamos oyendo hablar de ciertas *filtraciones* que deshonoran á sus autores, así como á los gobiernos que no las castigan con mano dura; y este desbarajuste administrativo nos ha traído, como consecuencia lógica, la miseria que padecemos. Pero precisamente, en estas circunstancias es cuando con toda urgencia deben aplicarse los medios correspondientes á fin de procurar la ocupación necesaria para evitar la fuga voluntaria del emigrante y las pérdidas que representan sus trabajos en perjuicio nuestro.

—Oh! qué bien se dicen ciertas cosas! Verdaderamente, son bellas; pero en ciertas ocasiones no hay medios hábiles de poder practicarlas, y además ¿qué ofrece España?

—Lo que muy pocas naciones y con éxitos segurísimos. ¿Desconoce usted, Marqués, que tiene España una riqueza natural minera que si se explotara se podrían



crear tantas industrias metalúrgicas que con sus cuantiosos productos podría proveerse el extranjero, y éstos unidos á los de la tierra llegarían á ser un emporio de riqueza? Y si esto se hiciera ¿no se llegaría con prontitud y positivamente á desterrar la idea de la emigración?

Porque, desengáñese Marqués, la emigración debilita, casi necesariamente, en el espíritu y en el corazón del emigrante la idea de la grandeza y acrecentamiento de la patria; aunque es cierto que en los casos de fuerza mayor su voluntad obedece dócilmente á la necesidad dominante, imperiosa, exigente: la lucha por la vida.

—Y cree usted, objetó el Marqués, que las primeras figuras de un gobierno cualquiera no tienen que ocuparse más que en ésto, cuando pesan sobre ellas tantas y tantas importantes cuestiones? ¿Se figura usted que es tan fácil remediarlo? ¿Se figura usted que puede evitarse tan fácilmente como se dice...?

Mientras hizo tales preguntas empleó una entonación grave y solemne, acompañada de movimientos violentos, golpeando

los brazos de su sillón. Y continuó diciendo:

—No pretendo hacer la defensa de nadie; porque á nadie juzgo tan puritano que se la merezca; pero es irritante oír y leer á todas horas en los periódicos, que los gobiernos son á cual peores, atribuyéndoles siempre todo género de culpas y errores, sin concederles la más mínima piedad ni el más pequeño reconocimiento á sus esfuerzos.

Sí, señor, don José. Esto es enojoso. Esta es la verdad, y permítame usted que dé expansión á mis sentimientos, no dándose por ofendido con lo que le digo.

Mas volviendo á nuestro tema y para terminarle, dígame usted don José; qué causas cree usted influyen de una manera directa para que el emigrante abandone su Patria?

—No creo haya más que dos en la generalidad de los casos; la una el deseo de enriquecerse y alcanzar posición social; y la otra, en la inmensa mayoría, la imposibilidad de adquirir lo más necesario para la subsistencia efecto de las pesadísimas gabelas que los gobiernos imponen

al contribuyente de mediana fortuna; pues en vez de protegerse á la agricultura y á la industria se las gravan con tan onerosos impuestos que se hace imposible la vida de la una y de la otra; este es el clamoreo general y justificado por cierto, Marqués.

En tan profundo silencio quedaron que se oía perfectamente la respiración del Marqués, notándosele al mismo tiempo que estaba siendo presa de una fuerte excitación nerviosa.

Durante el diálogo anterior, el amigo del prócer le escuchó tan atentamente, que no dejó de mirarle con la mayor atención é interés.

Cuando notó que volvía lentamente á su primitivo estado de tranquilidad, se hizo dueño de la palabra, preguntándole en tono seco:

—Marqués, puedo, con su permiso, terminar lo que me falta decir?

—Con mucho gusto me dispongo á escucharle—contestó aquél.

Y empleando un acento de sinceridad y elocuencia conmovedora, sin salirse de los términos de la más exquisita corrección, comenzó á decir:

—Cuando un Gobierno, sea el que quiera, se identifica con el pueblo y se apresura á poner pronto y radical remedio á sus necesidades, se dignifica, ¿no es verdad?

—Exacto.

—Cuando un Gobierno, sea el que quiera, pone de su parte todas sus disposiciones y talentos para atajar los males que se padecen y los que se avecinen, y procura evitar con todo amor y celo patriótico que se enseñoree de la nación el hambre y la miseria, remediándola con presteza, tanta como lo exijan sus necesidades, y la concede protectora ayuda para que se horaden las entrañas de la tierra á fin de extraer toda la inmensa riqueza que encierra, ¿no merece los mayores plácemes, su más absoluta confianza, su gratitud y su cariño?

—Exactísimo.

—Y cuando estos problemas no se resuelven satisfactoriamente á pesar de ofrecerlo á gritos y en todos los tonos, y se ve á los políticos, sin ideales fijos, lo mismo que sus secuaces, convertirse en aventureros mercenarios de la política, no cometen el delito de lesa Patria...?

Y cuando así sucede qué tiene de extraño que se les juzgue y considere con prevención, desconfianza y enojo...?

¿No es cierto que lo que solamente se advierte en ellos es un continuo vagar, alejando su pensamiento de la idea primordial del engrandecimiento patrio, explotando su política personalísima?

Y mientras la elevación del pensamiento esté supeditada únicamente al deseo de cuidarse tan sólo de buscar posición, cuando no se tiene, y cuando se tiene, de vivir bien, sin perder de vista los egoísmos, es imposible que puedan practicarse nobles hechos que engrandezcan ¿no es verdad?

—Ciertamente.

—Pues bien, cuando se obra así, se desconoce la vida con las energías más poderosas que son siempre las que producen y enriquecen á las naciones.

—Pero todo eso no son más que juicios sospechosos; objetó el Marqués con displi-cencia.

—¿De modo, que usted se afirma en la idea de que todas mis apreciaciones están fundadas en prejuicios imaginarios?

—Esa es mi opinión.

—Bien equivocada por cierto. ¡Pues qué, se oculta á su perspicaz entendimiento, que si las gestiones de los gobiernos guardasen relación con sus ofertas no delinearían otros rumbos muy distintos!

Y además, aunque se supusiese; de la suposición nacen las sospechas, y cuando éstas están formadas en crecientes y fundados recelos se truecan en certidumbre. Y ya sabe usted lo que es certidumbre.

No tenga usted la menor duda, Marqués, si los ofrecimientos que de palabra hacen en la oposición los tradujesen en actos cuando ocupan el poder, no habría nadie que dudara de sus propósitos, y no sería menester censurar sus actos ni hacerles oposición alguna, y desaparecería la desfavorable opinión que de ellos nos formamos.

¿No es perfecta la disciplina de un ejército, cuando practican las virtudes de la obediencia, resignación y patriotismo?

Pues en caso análogo se encuentran los que militan en las filas de los partidos políticos; con la diferencia de que hacen todo lo contrario por su falta de altruísmo

patriótico en la inmensa mayoría de sus personas.

—Pero usted cree que todas las personas piensan como usted?

—Lo creen de un modo claro é indudable, convencidas como están, desde el instante que nuestros políticos se declaran servidores rendidos de intereses basados en el egoísmo. Y no tenga usted la menor duda, de que siempre que en todas las obras é ideas rija el buen consejo y la acertada política, la colaboración será un hecho que se realizará con general aplauso.

—No discuto ésto, me conformo, pero también el pueblo tiene su tanto de culpa, porque no procura regenerarse; quiero decir, que también debe procurar instruirse no dejándolo todo á la acción de los gobiernos.

—Tenga usted muy presente que los hombres de gobierno tienen en grande abandono la parte instructiva del pueblo y ésto es un hecho irrefutable; porque no se provee á las escuelas del necesario material para la enseñanza, porque se da á los maestros una retribución harto ruin y mezquina; y si no compare usted el

presupuesto que nuestra nación tiene consignado para estas atenciones, con el que tienen Alemania, Francia é Italia y verá usted á qué altura estamos colocados: agregue usted á todo esto que el Estado no ha dado ley alguna haciendo obligatoria la enseñanza: ¿qué extraño es que tengamos provincias, para nuestro baldón y sonrojo, que cuentan con un setenta y hasta ochenta por ciento de analfabetos? porque no se protege á los hombres estudiosos que emplean sus trabajos y sus esfuerzos en pró de la cultura nacional cuando en sus libros, tratados y escritos, publican todo aquello que puede aumentar la ilustración popular. Y no me negará usted que en las naciones donde hay más ilustración, civilización y adelantos, se cuidan con esmero sus gobiernos premiando los trabajos intelectuales en sus autores y protegiendo sus obras, sea cualquiera su significación y nombre.

¡Y no lo dude usted, Marqués, esta norma de conducta es la que forma y demuestra la ilustración de un pueblo iluminando su entendimiento y constituyendo la base primaria de su regeneración, no



otra alguna; porque son secundarias las demás!

A este punto llegaban cuando al Marqués dijo su amigo que se retiraba por ser necesaria su presencia en otro sitio.

El Marqués le acompañó hasta la puerta dándole suaves golpecitos en el hombro.

Cuando se quedó solo se puso á pasear por la habitación murmurando algunas palabras imperceptibles cambiando de expresión su semblante.



## LOS CAMARADAS

---

CUANDO don José abandonó la casa del Marqués se dirigió á otra situada extramuros de la villa, por cuyas blancas paredes la hiedra y otras plantas trepaban á su placer escalando gallardamente el tejado de tan modesta y poética casería.

El camino que conducía á tan humilde morada formaba un recodo, y á una distancia como de medio tiro de bala de fusil, corría un arroyuelo con agua abundante y cristalina en cuyo fondo se transparentaban las piedras y gruesas arenas que le servían de lecho.

A un lado de la puerta una mujer sacaba de su delantal y esparcía por el suelo

puñaditos de trigo que picoteaban con alegre porfía y confuso cacareo varias aves de distintas clases.

La mujer vestía con la sencillez de las de su clase.

Su estatura regular, algo carilarga, ligeramente trigueña, ojos negros rasgados y pelo ensortijado recogido por detrás en abundante rodete; todo su continente la daba cierto aire simpático.

El recién llegado avanzó hasta cerca de la puerta donde se quedó aguardando que la mujer terminara de dar de comer á sus aves, pero sacudiendo su delantal y yéndose hacia él le preguntó qué se le ofrecía.

—Vive aquí el Aguila?

—Sí señor; pero no sé si está por ahí dentro. Voy á ver.

Al poco tiempo de separarse volvió y le condujo á una salita tan modestamente amueblada que la pobreza imperaba con la más grata tonalidad.

Algunos cuadros pequeños con estampas de colores, varias sillas de paja, una cómoda con dos floreros y un niño Jesús metido en un fanal, y un reloj de pesas

plomizas al descubierto, producían agradable impresión por la esmerada limpieza con que estaban cuidados.

En aquella salita y cerca de una camilla cubierta por un gran cobertor se veía sentado á un hombre, cuyo semblante rugoso y completamente afeitado denotaba grandes energías al mismo tiempo que una bondad suma.

Su complexión robusta; su pelo corto, más que entrecano, blanquecino, y la pulcritud de su traje de pana y blanquísi-ma camisa, realzaban su interesante persona, que denunciaba al legendario tipo castellano viejo con las notas característi-cas más acentuadas de austeridad y hon-radez.

Tenía delante de él una cartera bastante grande y mugrienta y algunos papeles es-parcidos en desorden, ennegrecidos por sus dobleces.

Llegó la mujer hasta cerca de él y con respetuoso acento le dijo:

—Padre; ahí fuera está un señor que pregunta por usted.

Aguila, miró á su hija y después hacia la puerta y cambiándose entre uno y otra

una mirada de curiosidad y ternura la contestó:

—Bueno, mujer; dile que entre.

En el semblante de la mujer se revelaba el candor y la inocencia.

Se retiró y al poco tiempo volvió acompañada de D. José.

Tan pronto como éste penetró en la salita, abandonó Aguila su sitio, saliendo prestamente al encuentro, exclamando con el júbilo más espontáneo:

—¡Vive Dios! tú por aquí? ¿No me engañan mis ojos? ¿Cuándo has venido?

Por toda contestación, D. José extendió los brazos, estrechándole efusivamente, permaneciendo abrazados algunos instantes, hasta que uno y otro se repusieron de la impresión.

Vamos, José, siéntate; siéntate, y empieza á contar cosas, dijo Pedro Aguila, sin poder contener la vehemencia que le embargaba, denunciadora del cariño más íntimo, noble y puro que atesoraba aquel hombre de formas rudas, pero con un fondo, que revelaba los más preciados sentimientos de verdadera aristocracia y realeza.

—¡Cuántas veces me he acordado de tí!

No puedo decirte cuántas han sido. ¡¡Tantos años sin verte; á tí, que has sido siempre mi mejor, mi único amigo!! Y esto dijo con sentidísimo acento de pesadumbre.

—Ya me lo figuro, Pedro; dijo D. José con enternecimiento.

—Si no supiese lo mucho que siempre me has querido, ten por seguro que no hubiera venido á verte.

—Y yo á tí como á un hermano; contestó Pedro. Vamos, más que á un hermano; porque mis hermanos mientras vivieron no cesaron de darme disgustos, la mayor parte de las veces por intereses, y otras por su carácter tan despegado y exigente, mientras que tú me has distinguido y dado pruebas de sincero cariño. Soy agradecido y nunca olvido las buenas obras, ya lo sabes. Conque, ¿cómo por aquí?

—Hace tres dias que he venido á ventilar la amortización del censo de la casa.

—¿Y cómo no has venido hasta hoy?

—Porque mis negocios no me lo han permitido.

—Ya sabrás que tu amigo el Marqués está aquí.

—Sí, ya lo sé; con él he estado ayer y anteayer.

—¡Hola! exclamó Pedro con extrañeza. ¡Con que has estado con él ayer y anteayer! No te habrán faltado obsequios, atenciones y ofrecimientos,... de pura fórmula, nada sinceros, acompañados del altanero empaque, amaneramiento y exajerada gravedad que imprime á sus conversaciones y modales.

—Sí, tienes razón, Pedro; que esos y otros defectos tiene el buen señor, sin duda, porque se cree de distinta condición que los demás mortales; pero estate tranquilo, y cree que no se le olvidarán tan pronto las dos visitas que le he hecho. Si hubieses oído lo que él y yo hemos tratado, á buen seguro que lo hubieses celebrado muy á tu gusto.

—Habrá habido aquello de quererte imponer sus ideas ¿eh?

—Sí; y por cierto, que toda la conversación fué de política por insinuación suya.

—Ya me extrañaba yo que así no fuera; porque no sabe hablar más que si los del partido tal, y los del partido cual, de



credos políticos, de programas, y en fin, de miserias que da vergüenza oirlas.

—Tienes razón; pero el oírte expresar así me hace creer que has tenido algo con él.

—¡Y quién no ha tenido algo con él! si no es más que un hombre sagaz y dominante, que si hace tiempo que el pueblo anda tan revuelto y tan atrasado es por él; porque quiere que todos piensen como él; que tengan sus ideas; que hagan lo que él dice; y para acabar de una vez, es un feudal señor.

—Hombre, hombre; yo no lo juzgaba así. Teníale por más ilustrado, más tolerante, más patriota.

—No le conoces! Si hubieras presenciado la acaloradísima discusión que tuvimos cuando las elecciones de diputados á Cortes, le aborrecerías.

—Cuéntame, cuéntame.

—Tú sabes muy bien cuánto aborrezco tomar parte activa en la política por estar harto enterado y convencido, como tú y muchísimas personas, que todo ello no es más que pura comedia y los políticos unos farsantes. Pues bien; el día anterior á las

elecciones estábamos solos mi hija María y yo, y sin anunciarse, dejando el coche á la puerta, se entró hasta aquí con modales tan descorteses é imperativos, que no se cómo le sufrí con paciencia. Empezó á hablarme de unos y otros en tonos tan descompuestos que parecía ser el hombre único, sin dejar la monserga de la política, poniendo verde á todo el pueblo. Le escuchaba con calma y respeto, pero cuando me dijo imperiosamente que tenía que servir á él y á su partido le miré con extrañeza contestándole: ya sabe usted que nunca he pertenecido á ningún partido, y pecando de más cortés, añadí: señor Marqués, doy á usted las gracias por haberse acordado de mí, pero ni me gusta votar por nadie, ni tampoco me agradan tales asuntos. Cada cual que lo haga libremente. Por toda contestación me dirigió una lluvia de palabras terminando con reconvenirme con estas otras: ¿Crees tú, Pedro, que esto es ser patriota?

Y para esto he venido yo á tu casa? Aún no se me conoce, y tengan algunos cuidado con las tierras del señor Marqués; porque me parece que alguien va á dejar

de ser su colono. En una palabra; que me dieron un disgusto entre él y los suyos que no sé cómo se lo perdono.

—Y tú que eres algo instruído, ¿qué le contestaste?

—Me levanté de mi asiento, y con gran desdén y no menor entereza le dije:

El hombre que pospone á sus egoísmos las grandezas de su Patria descendiendo á un terreno de miserias, y no respondiendo á la voz de la sangre que por sus venas corre, debe ser despreciado por ruin y por miserable.

Desde entonces, todos los domingos cuando salgo para dar un paseo por la plaza, me pongo en el ojal de la solapa de la chaqueta el botón de mi cruz de San Fernando ganada con mi sangre defendiendo á mi Patria, sí, á mi Patria.

—Con que, qué te parece lo del señor Marqués?

—Que qué me parece? ¡Una bajeza, una miseria! Por más que no debe extrañarte, Pedro; así es esa reducida sociedad, salvo algunas honrosas excepciones, á la que la adulación y el servilismo titulan neciamente Aristocracia, á la que no hace más.

que alhagar su vanidad aplaudiendo la ostentación de un lujo que da su rostro al pobre por lo costoso de las preseas con que se engalana.

—Es cierto, José; pero cambiando de conversación ¿qué vida es la tuya?

—Pedro, la más desocupada é independiente. Llegué á coronel y pedí el retiro que disfruto en Madrid en compañía de mi sobrina Casilda, huérfana de padre y madre, á quien quiero como hija.

—Y tú, cómo vives?

—Pues ya lo ves, con mi hija María: esa joven á quien preguntaste por mí. Tan honrada y con tan generosos sentimientos que la idolatro. ¡Es todo mi amor y mi único pensamiento! dijo enternecido.

—Y qué tal estás de recursos?

—Así, así; soy dueño del huerto cercano y tengo además dos tierras, con lo que vivo regularmente, es decir; sin pasar hambre, y mejor estaría si no fuera por la contribución que pago tan recargada, que ¡créeme! me ahoga.

—Y qué me dices del bueno de don Miguel y del Perdiguero?

—Bien están; por aquí vienen muy á menudo. Es muy posible que vengan hoy, de modo que si quieres verlos no te marches; comes con María y conmigo y arreglado. Ya sabes que no te lo digo de cumplido, y me darás suma alegría si me complaces.

—Como sé que me lo dices de corazón, acepto tu ofrecimiento. Eres más afortunado que el Marqués, porque no acepté el que me hizo.

—Te agradezco tal distinción, José; siempre he reconocido en tí honradez y talento.

—Gracias, Pedro, pero esa suma de reflexión y raciocinio no la poseo: es tu cariño el que me la concede.

—Lo dicho, dicho está.

Llamó Pedro á su hija diciéndola cuando entró: María, este señor es el amigo de quien tantas veces hablo. Fué mi mejor compañero cuando serví á la Reina en el ejército. Estuvimos en la guerra de Africa: juntos peleamos y á él le debo la cruz de San Fernando, porque dió de mí los mejores informes á mis Jefes cuando caí herido. Lo quiero como á las niñas de mis ojos, digo mal; después de tí, hija mía, él

es á quien más cariño tengo. Gozo con estos recuerdos tan imborrables en mi alma, ¿no te parece? Y se quedó mirándola con ternura.

—Sí señor; padre, me parece muy bien su agradecimiento.

—No te esfuerces, Pedro, te conozco y reconozco sobresalientes cualidades que te hacen acreedor á otra posición social más elevada, y por ellas y por tu cariño te tengo en la mayor consideración que te mereces, sabiendo puedes contar para todo conmigo del modo más incondicional.

Pedro, dominado por la más honda impresión, balbuceó: Eres muy bueno Pepe, tienes un corazón rebosante de grandeza.

## LA PATRIA HONRADA

---

**H**ACÍA un buen rato que habían concluido de comer. Estando de sobremesa oyeron el ruido de pisadas cada vez más próximas. Tres hombres entraron en la salita. Eran el cura Don Miguel, Perdiguero y Rebeco.

Pedro, dirigiéndose á Don José, le dijo en voz baja: ¿No te dije que vendrían hoy? Ahí les tienes.

Se saludaron con la mayor cordialidad dándose fuertes abrazos y apretones de manos.

Después de una serie no interrumpida de preguntas y contestaciones, tomaron asiento alrededor de la camilla.

El cura visiblemente excitado se dirigió á Pedro diciéndole:

—Si creyera en agüeros diría que esta visita ya me la tenía yo adivinada, y digo esto, porque mi ama recuerdo me dijo haber soñado hace días que yo había de ver pronto á una persona muy querida á quien no veía mucho tiempo ha.

—Pues acertó; dijeron todos á un tiempo.

—De lo cual me alegro mucho, tanto que tenía grandes deseos de que alguna vez estuviésemos todos nosotros reunidos, es decir, los aquí presentes; porque ¡la verdad! esta reunión de antiguos camaradas y buenos amigos me complace de una manera que no me es dado definir en este momento.

—Pues señores; tanto como ustedes se acuerden de mí, es lo que yo me acuerdo de ustedes. Y ahora me doy cuenta de notar á usted algo emocionado, Don Miguel; no vale tanto mi amistad!

—Sí señor; Don José, para mí mucho; y en cuanto á mi emoción ya sabe usted que no todos los seres tienen la misma manera de sentir el dolor y el placer, contestó el cura.



—Es cierto. Muchas veces damos valor real á tristezas ó alegrías que no tienen más vida que la que les presta nuestra exaltada imaginación.

Conforme con tal teoría; y añadido por mi parte, que la alegría y la tristeza se suceden internamente en nosotros mismos de modo alternativo, según sea el curso de los fenómenos exteriores que nos puedan impresionar, dijo Don Miguel.

Pedro, sin dar tiempo á que los demás tomasen la palabra, se adelantó á decir: propongo, recordemos nuestros pasados tiempos de armas y fatigas.

—Señores, indicó Rebeco, yo soy aquí el único que no ha servido y por tanto estoy excluído y conmigo no va nada, aunque es verdad que me ofrecí voluntario.

—Para qué? preguntó el cura.

—Para marchar á Marruecos.

—Pues basta; es uno de tantos como nosotros ¿no es así?

—Sí, sí; contestaron á coro.

—Pero, señores, ¿á qué viene esto? Si lo de la guerra de Africa ya pasó y nadie se recuerda de ello!... Si saben por ahí esto

nos van á llamar visionarios y exaltados, objetó Perdiguero.

—Pues, precisamente, porque pasó, debemos recordarlo; y para que nuestro recuerdo sea más completo rindamos tal homenaje empezando por el gran Pelayo y sus heróicos imitadores, y terminando por el glorioso ejército español en Africa que resucitó los victoriosos tercios castellanos, los de Flandes, los famosos escuadrones de Lanzas de Ceuta y la marina. Y respecto á que si se sabe por ahí lo que estamos tratando nos motejarán de visionarios y exaltados, se me ocurre contestar, que no dudo que ésto diga alguien; pero no ninguna persona honrada é ilustrada que se precie de buen Español.

—Tienes razón, Pedro; dijo el cura. ¡Qué mejor para el hijo que acordarse de su madre!... Esto es santo, noble, honradísimo, y quien no trate de guiarse por estos rumbos, y quien opine por la desmembración de la patria fundado en el género de orientaciones que más conviene á sus egoísmos, castíguesele inexorablemente. La figura del cura, poseído de elocuencia, se agrandaba interesantemente, y tras

una breve pausa y con ardoroso entusiasmo continuó: ¡Que son antiguallas! ¡Son, sencillamente, sucesos á los que todo buen español debe rendir entusiasta homenaje poseído de noble orgullo por su magnitud y su gloriosa memoria, y su magnitud y su gloriosa memoria consisten indudablemente en las grandes hazañas que avalorarán su grandeza.

Mientras habló el cura, Don José miraba con profunda atención una estampa de colores, sujeta en la pared de enfrente con unos clavitos, representando al general Prim—galopando á caballo—blandiendo en una mano su espada y tremolando en la otra la bandera Española. La cólerica expresión de su semblante, su bizarra actitud arengando á la infantería que le seguía rebosante de denuedo y arrojo, cargando á la bayoneta sobre las largas trincheras defendidas por abigarrada multitud de marroquíes, que con el nutrido fuego de sus espingardas sembraban la muerte en las filas de los nuestros, excitaba sublime admiración.

Al fijarse los demás en Don José, miraron instintivamente á la estampa, y

dándose aquél cuenta de tal circunstancia exclamó lleno de júbilo.

—Camaradas: esa estampa representa el momento en que aquel héroe arengó al Regimiento de Córdoba, después de perder las mochilas en una sorpresa, diciéndoles lleno de ardimiento:

*¡Soldados! Vuestra honra está en las mochilas.*

Y espoleando su caballo, se lanzó á las trincheras alentando á sus tropas sin dejar de decirlas con voz poderosa y patrióticamente emocionada:

*¡Viva la Reina Isabel 2.ª! ¡¡¡Viva España!!!*

—Y aquellos bravos consiguieron una de las más señaladas victorias á las innumerables obtenidas en felices días.

Tan pronto como terminó Don José, todos aquellos hombres dominados por el más patriótico entusiasmo pusiéronse de pie, y descubriéndose respetuosamente, rindieron á la patria con tal ejemplo el homenaje máspreciado de sus gallardos sentimientos.

. . . . .  
 . . . . .

Qué diferencia de épocas! ¡Qué diferencia de... entusiasmo patrio! Me acuerdo perfectísimamente, cómo el pueblo sin excepción de clases, recibía las noticias de la guerra y con qué loco frenesí celebraba el curso de tan afortunados y honrosos acontecimientos.

Recuérdenos usted algo, Don José! dijo el cura.

—Sí, sí; que lo recuerde, repitieron todos.

—El aludido después de decirles: allá va lo más pertinente, recitó con acento robusto:

## ¡ESPAÑOLES!

Ya despierta el León: lanzó un rugido  
y estremecida se alarmó la tierra.

Ya despertó el León: se siente herido  
y su fiereza al Marroquí aterra.

Ya sus garras apresta enfurecido  
de exterminio y venganza á cruda guerra,  
y el Estrecho al cruzar por su decoro  
el guante arroja que recoge el moro.

—

El momento llegó de las hazañas:  
de la sangrienta lid sonó la hora

para el audaz León de las Españas,  
que está sediento de la sangre mora.  
Sí; sangre va á beber de las entrañas  
de esa raza de buitres, destructora,  
y así recordará con mudo espanto  
su gloriosa victoria de Lepanto.

—

¡Oid!..... de Covadonga en la eminencia  
con gente muy escasa está Pelayo.  
Un grito lanza allí de independencía  
y el moro tiembla con mortal desmayo.  
El héroe en su colérica impaciencia  
desciende á la llanura como un rayo,  
y acuchillando á la morisma impía,  
restaura la Española monarquía

—

La Isabel primera de Castilla  
al cerco de Granada va en persona:  
serena los guerreros acaudilla  
en su corcel vestida de amazona.  
Sienta sus reales; Boabdil se humilla  
al vivo resplandor de su corona,  
y de alta pompa y majestad cercada  
entra la Reina en la oriental Granada.

—

Sus! Castellanos, á la lid sangrienta;  
justa venganza nuestro honor reclama;  
el moro hizo en nosotros vil afrenta  
y en ira honrosa el corazón se inflama.  
Ya ruge en su cabeza la tormenta  
y dolorida nuestra Patria llama.

¡No temáis ..! en el cielo de Castilla  
radiante el sol de la victoria brilla.

---

No ignoren más las africanas greyes  
que es nuestra Patria madre de Leones.  
Un tiempo dictó á Europa sabias leyes  
y fueron invencibles sus legiones.  
Hizo Reyes esclavos de sus Reyes;  
dió libertades; conquistó naciones,  
y todo un mundo de arrogancia fiera  
lanzó á las plantas de Isabel primera.

---

Nunca el sol se ocultaba en sus confines,  
que á fuerza de conquistas y de azares  
consiguieron sus bravos paladines  
borrar la noche de los patrios lares.  
Y España con su alfombra de jardines  
apoyada en la costa de sus mares,  
su escuadra á toda vela, viento en popa,  
terror impuso á la espantada Europa.

---

Hoy cumple ¡vive Dios! á la hidalguía  
del soberbio León de voz rugiente,  
pulverizar á la morisma impía  
de su pupila con el rayo ardiente.  
Honra y orgullo de la Patria mía;  
al mundo enseña en su atrevida frente  
coronado monarca en cien campañas  
y héroe inmortal de sus hazañas.

---

Sus! Castellanos. Sus! la guerra estalla.  
¿Veis las falanges bárbaras de infieles  
al crugir de la bomba y la metralla  
cual cobarde trahilla de lebreles  
abandonar el campo de batalla  
al escape veloz de sus corceles,  
y volviendo á la carga de repente  
vuelven también á huir cobardemente?

—

Tiemblen los fieros hijos del desierto,  
que el pueblo de Sagunto y de Numancia  
hoy se apresta á decirles que no ha muerto  
y que alienta valor con arrogancia.  
Y en el palenque á su venganza abierto  
redoblará su ardor y su constancia,  
hasta lograr que caiga de rodillas  
ante el escudo de las dos Castillas.

Una nutrida salva de aplausos estalló  
al terminar tan notables versos, acompa-  
ñada de entusiastas ¡Bravos! y un ¡Viva  
España! resonó espontáneo y estruendo-  
so como premio al autor de tan valiente  
poesía.

Por la vehemente uniformidad de sus  
frases demostraban poseer aquellos hom-  
bres, modelos de singulares procederes,  
una suma incalculable de hondísimo pa-



triotismo, sentido con tanta nobleza como arraigo.

—Y qué es, lo que por fin sacó España de aquella guerra?, dijo uno.

—Lo estipulado en los artículos 1.º, 2.º, 4.º y 6.º de las bases preliminares del tratado de paz firmadas en Wad-Ras el día 25 de Marzo de 1860, entre don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, Capitán General en Jefe del ejército español en Africa y Muley el Abbas, Califa del Imperio de Marruecos y Príncipe de Algarbe.

—Los recuerda usted, D. José?

—Exactamente. Oiga usted, se los voy á decir á la letra:

Art. 1.º S. M. el Rey de Marruecos cede á S. M. la Reina de las Españas—á PERPETUIDAD—y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar siguiendo la altura de Sierra-Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo S. M. el Rey de Marruecos se obliga á conceder á—PERPETUIDAD—en la costa del Occéano en Santa-Cruz la pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento

como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 4.º Como justa indemnización por los gastos de la guerra, S. M. el Rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la Reina de las Españas la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio, en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido, ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

—En razón á lo que han escuchado, qué les parece á ustedes? preguntó el cura.

—Y D. José contestó: que España es la nación que tiene más derechos que ninguna otra en Marruecos, por el fundamento, razón y legitimidad de ellos; y que en todas las ocasiones que sea intervenido tal imperio, cualquiera que sea el carácter que quiera dársele, España es la primera nación que debe ser consultada, y siempre preferida á todas las demás; porque sus derechos suman la fuerza de todos los

19.7.

derechos. Y no los explico más por no hacerme demasiado prolijo.

De modo, que si alguna vez se suscitase cualquiera cuestión diplomática entre una ó varias naciones de Europa con relación á este imperio tratando de intereses de potencia á potencia, ya lo saben ustedes, señores: España por el derecho de prelación que la asiste desde tiempos muy remotos es, y debe ser la primera, sin consentir sea pospuesta por cualquier suceso que ocurra, sino tratar de buscarla en todas ocasiones la seguridad de su decoro, su desarrollo nacional y los importantes intereses que en ese Imperio tiene establecidos.

—Muy bien. Muy bien. Esto es patriotismo. Esto es grandeza.

—Y pensar con grandeza de razón, añadió el cura.

—Gracias, gracias, contestó don José, y como para mí es hora de retirarme me despido de ustedes diciéndoles: que los extranjeros nos conocen, y porque nos conocen nos hacen justicia considerándonos como nación de poderosos recursos y energías, y por esto y por su contacto con nosotros saben que no les somos inferiores;

porque las facultades de nuestra raza en nada ceden á las de la suya, y si su superioridad científica naval y comercial es mayor que la nuestra, es porque no nos ocupamos en imitar debidamente su espíritu de asociación y por el apoyo incondicional de sus gobiernos que tienen como principal objetivo las grandezas de su patria.

El cura, levantándose de su asiento, dijo á los amigos: señores; mi última palabra, apoyando los atinados juicios de don José; estoy conforme con sus ideas, creyendo que el día que en nuestra querida España veamos sereno el horizonte político y nuestros gobernantes, desengañados con los pasados desastres, caminen sin vacilaciones, con rumbo fijo á la consecución del supremo ideal, que es el engrandecimiento de la Patria, no sólo nos emanciparemos de los extraños, si que también podremos competir ventajosamente con ellos, arrancando de nuestro cuello la servil coyunda que nos imponen sus capitales, sus productos y hasta sus modas.

—Don José, después de ser escuchado con suma atención por sus camaradas,

se levantó despidiéndose de todos ellos, escuchando las más lisonjeras frases y felicitaciones mezcladas con calurosísimos abrazos.

La cerrazón de la noche, oscura completamente, y el aspecto cubierto del cielo por anchas nubes indicaba que la atmósfera tenía que sufrir rápido cambio.

La preocupación de aquel gran patriota constituyó su mejor pesadilla durante bastante tiempo.



## LA PATRIA DESHONRADA

---

**L**A postura del sol de la tarde siguiente fué por todo extremo cálida.

Los relámpagos que se sucedían con ligerísimas interrupciones parecían presagiar próxima tormenta.

Los temblorosos destellos del último relámpago fueron seguidos de gruesas gotas de agua que generalizaron la lluvia.

En este crítico y oportuno momento llegó don José á casa del Marqués.

El saludo que éste hizo al recién llegado fué hecho con tal apresuramiento, que no pudo menos de llamarle la atención, sobre todo cuando le oyó decir:

—Creí marcharme sin despedirme de V.

—Piensa usted viajar?

—Sí; no tengo otro remedio.

—Pues á qué obedece viaje tan repentino?

—Al llamamiento hecho por el gobierno para que con urgencia me presente en Madrid.

—¿Tan grave es lo que ocurre? ¿Qué sucede?

—Que estamos amagados de una crisis ministerial por los inesperados sucesos ocurridos en Cataluña y Vizcaya.

—¿En qué han consistido?

—En la actitud que se han colocado los separatistas. ¿Qué, es poco?

—De ninguna manera; me parece demasiado y muy agudo.

—Bueno, bueno. Siéntese usted, y...

No pudo continuar el Marqués; porque la misma exaltación de su sensibilidad le impidió seguir hablando.

Don José, con creciente extrañeza, no separaba de él su vista, permaneciendo ambos personajes en el mayor silencio.

Después del largo intervalo que duró tan muda escena, el Marqués, algo más repuesto, preguntó á don José:



—Vamos á ver! Vamos á ver! ¿Qué le parecen á usted las pretensiones de los separatistas?

—Que son unos alucinados. Que con las ideas en que se han imbuído, tratan de descomponer el orden establecido y regular de las cosas, labrándose aceleradamente su ruina y su desgracia, y nada puede resultarles favorable por ningún concepto.

—Bien, ¿y qué demuestran con querer pertenecer á otra nación?

—Únicamente, el odio y rencor á su madre Patria, siendo lo más sorprendente que esos alucinados han llegado al paroxismo de la demencia. Y lo que más extraordinariamente admira es, que algunas elevadas personalidades les patrocinen y salgan á su defensa, en lugar de aconsejarles prudentemente que el factor más importante para que una región ó nación sea respetada y tenida por ilustrada, es que los compatriotas vivan entre sí harmónicamente, se ayuden y protejan bajo el amparo de un gobierno paternal y prudente poniendo todo su esfuerzo en el mejoramiento general; cumpliendo como los demás lo hacen en todas ocasiones con los deberes patrios.

—Pero se refiere usted á los catalanes y vizcainos en general?

—De ninguna manera. Solamente me refiero á los separatistas.

—Bueno, bien, ¿y qué medios le parecen á usted deben emplearse para que no fructifique entre ellos tal insensatez?

—El más esencialmente primordial es, en mi humilde opinión, el de inculcar á la juventud sentimientos é ideas nobles y generosas alejándola de ciertos entusiasmos, á los que es muy propensa, como seres de una raza de imaginación ardiente, y por esto mismo más propensa también á la exageración de males que todos padecemos, cuya exageración la lleva fácilmente á la rebeldía; y esta exageración la alienta cierta prensa descaradamente anti-española tolerada por nuestros gobiernos que no pueden hacer cosa de provecho, por la vida efímera que tienen.

—Y qué otros procedimientos emplearía usted con ellos?

—Los que imponen las circunstancias y ellos mismos reclaman con su conducta vituperable para que resulte una verdad tan pura como inmaculada: el amor á la

Patria grande, que es la Patria sola y única.

—Bueno; replicó desdeñosamente el Marqués, variemos de conversación. Usted el otro día hizo algunas alusiones á las clases elevadas, y, francamente, desearía conocer su opinión respecto á ellas.

—Pues, francamente, voy á exponérsela, Marqués. La opinión que tengo formada de la mayoría de las clases elevadas no es, ni más ni menos, que la que dan de sí sus procederes, cuyos procederes son hijos legítimos de su refinado egoísmo.

—Protesto de tan gratuita como injusta opinión. No ha tenido y tiene usted ocasión de observar cómo manifiestan sus sentimientos...?

—Dónde, cómo y en qué ocasiones? dijo don José con energía.

—En el círculo; en la tertulia y en otros sitios diferentes ¿ó dónde quiere usted que los manifiesten?

—En ninguno de ellos; porque todo lo que sea obrar así es pura y simplemente grotesco; contestó más enérgicamente.

—¡¡¡Grotesco!!! balbuceó el Marqués.

—Sí, Marqués; grotesco, y más que grotesco, altamente ridículo; repitió don José acentuando despectivamente las frases.

—De modo, que según usted no deben obrar así tratando de exponer sus ideas de patriotismo?

—¡Quién lo duda! ¡Pues qué, cree el Marqués que el patriotismo se practica en teoría! ¡Donoso patriotismo el que se practica en círculos, tertulias, cafés y salones del gran mundo...! De ese gran mundo—que titulan ellos,—y que su grandeza es tan minúscula que apenas se conoce por el nombre, ni traspasa el umbral de sus moradas suntuosas donde sólo se rinde culto al placer, á la vanidad y al despilfarrero, saturadas de murmuración y caldeadas por la envidia.

—Pero usted cree ¿que con estos actos no demuestran claramente sus ideas patrióticas lo mismo que los demás? impugnó el Marqués enfáticamente mirando al extremo de la habitación con tal fijeza que parecía querer traspasar el horizonte idealista de su creencia.

—Nada supone y nada vale ocuparse teóricamente en el bienestar y engrande-

cimiento de la nación, cuando nada se hace particularmente para conseguir tan nobles como necesarios fines. El patriotismo teórico nos lleva derechamente á la ruina y al descrédito.

—Será así para los que piensen como usted, contestó el Marqués con desagrado.

—¿Pero aún no está convencido el Marqués de que su patriotismo es platónico, porque no hacen más que proclamarlo? ¡Que no se cuidan más que de la vida del lujo que les arruina, flotando entre las deudas que suceden á las deudas y que la usura les hace sus víctimas, lo cual motiva la improvisación de particulares fortunas, y la ruina y envilecimiento de muchos próceres!

Es preciso que terminantemente reconozca usted que el ideal patriótico hay que tenerlo bien inculcado, demostrándolo con acciones positivas; con hechos indementiblemente prácticos, y como se nota que ellas son refractarias al sacrificio en aras de la colectividad nacional, porque egoísmo y sacrificio son dos ideas antitéticas é inconciliables; por ende, ni conocen

el valor de éste, ni siquiera su significación, bien claramente expuesta por cierto.

El Marqués, no cesaba de mirar con firmeza á aquel gran hombre como si pretendiera ponerse al alto alcance de sus ideas; pero como su capacidad intelectual era harto exigua no acertaba á comprender el hondo sentido, la soberana extensión de tal grandeza, y en lugar de contestarle con firme resolución, lo hizo de tal manera que bien á las claras se echaba de ver que su espíritu se veía oprimido por la fuerza de la verdad.

—Es decir, volvió á insistir el Marqués ¿que usted cree rotundamente, que con lo que hacen no rinden culto al patriotismo? ¿No es así?

—Convendrá usted conmigo que el patriotismo es eminentemente práctico, y la inmensa mayoría de los aludidos lo aman con amor platónico, porque el patriotismo impone sacrificios morales y materiales, y aman tanto á estos bienes como á su propia vida, pues con la muerte sienten perder aquéllos. Pero ¡ah! esa gran niveladora de pecheros y nobles les arrebatara la

una y los otros que ellos quisieran conservar para seguir gozando indefinidamente, haciendo ostentación de un lujo escandaloso y de otras cosas, que si bien públicas, son mejor para calladas que para dichas. ¿Mas y la Patria? Para ellos es un nombre vacío de sentido. Y si usted cree que exagero, que hablen por mí nuestros desastres, nuestra administración y las ruinosas inmoralidades de las que nos da cuenta la prensa á diario. Es más; ¡hasta en los momentos más críticos buscan su seguridad en las extranjeras bayonetas, posponiendo la sacrosanta defensa de la Patria á sus conveniencias personales.

Llegaban á este punto cuando don Miguel penetró en la habitación, produciendo su presencia la consiguiente sorpresa entre los interlocutores.

Iba á saludar, cuando el Marqués le sorprendió con esta pregunta: ¿No es usted, don Miguel, de mi misma opinión?

—Marqués, no se de qué tratan ustedes.

—Pues bien; se lo diré á usted, y me alegro que llegue tan á tiempo. De una cuestión social, en que el amigo don José,

sostiene la teoría de que las clases altas, conocidas por la sociedad del gran mundo con el nombre de aristocracia, no sienten de igual manera que las demás el santo amor del patriotismo.

—Pues con entera franqueza, Marqués, siento tener que contestarle que don José habla con razón, si como creo, ha dicho que no lo practican, porque sus hechos lo vienen confirmando.

—No, don Miguel, he entendido que no siente de igual manera la clase alta que las demás el santo amor del patriotismo.

—Yo no he sustentado tal teoría, Marqués, y siento decirle que ha interpretado usted de distinto modo lo que he dicho.

—Que he entendido mal! Repito á usted una vez más, que esto es lo que me ha dicho hace un momento.

—Se lo niego de una manera terminante, y siento doblemente que me proporcione la ocasión de juzgarle como muy suspicaz, sin fundamento para ello.

—Y yo niego á usted más terminantemente aún tener la tal condición que me atribuye, porque acostumbro á no



desconfiar de lo que oigo, y sí á confiar completamente en lo que me dicen.

—Vaya, vaya, Marqués, este altercado nada vale, ni debe continuar más tiempo; dijo el cura en tono de conciliación, y prosiguió acentuando sus palabras: Dios recomienda el mútuo amor entre los hombres con la paz y la buena voluntad.

—Es decir, que debo dejar pasar en silencio los ataques injustificados hechos á clases respetables. ¿No debo defenderlas por razón de clase?

—Eso es muy distinto de lo que ha dicho, Marqués.

—¿Pero don Miguel, usted también opina que la aristocracia no tiene dadas pruebas de patriotismo? contestó con altivez.

—Marqués, alguna que otra persona; en fin, las menos; porque es imposible...

—¡Imposible! repitió el Marqués abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, Marqués; replicó el cura don Miguel con grave entonación; es imposible que una aristocracia que consume en placeres fastuosos é inútiles sus caudales, pueda robustecer la riqueza nacional, y más aún; cuando las clases superiores de

una nación no emplean su fortuna en beneficio de ella cuando lo reclaman las necesidades ¡qué quiere usted que le diga! demuestran tener perdido el sentimiento del deber patrio. Siguiendo, Marqués, por los derroteros que traza me obliga á creer...

—Qué es lo que le obligo á usted hacer creer? interrumpió airado.

—Lo que le favorece muy poco, á saber: ¡que la fortuna y el poder deben utilizarse en la satisfacción de la vanidad y en los caprichos inútiles y á las veces inconvenientes. Y con tono persuasivo y razonable añadió el cura: ¿No comprende usted, Marqués, que de aquella manera se destruye el poder del Estado en lugar de fortalecerle?

—Sí, señor; ¡pero si no se ha llegado á tal extremo!

—¿Cómo que no se ha llegado á tal extremo? ¡y á otros muchos más dolorosos que callo!

—Yo los desconozco; pero si se ha llegado habrá consistido en causas distintas á las que usted y don José señalan. Pues qué ¿pueden hacer más de lo que hacen? No socorren, no emprenden obras, no

forman sociedades protectoras, no aprontan sus capitales en empresas que benefician el trabajo, ó qué es lo que se quiere á más de esto, ¿imposibles?

—Marqués, veo que se separa del punto esencial de la cuestión. No sabe usted que, quien siembra con el ejemplo hace que éste encarne en la conciencia de los demás y robustece ante ellos sus acciones y con las acciones el sentimiento patrio? ¿Ignora usted que en las tales clases se observa que no siembran con el ejemplo, sino en casos de apuro?

—¡Que no siembran con el ejemplo!... Pues los casos que he citado, ¿qué han producido?

—Nada, nada, absolutamente nada; porque han sido en muy contadas ocasiones y en muy grande minoría; y sírvale de buen gobierno Marqués, con las personas, clases y colectividades, que en cualquier concepto forman excepción, no hay por qué señalarlas en este ni en otro sentido parecido, se señala solamente la regla general que es la que aumenta y acumula los hechos, y basta con este argumento de fuerza concluyente.

--Bueno; sí, estoy conforme, don Miguel; pero tampoco puedo admitir una negativa tan rotunda como ustedes tratan de hacerme aceptar.

—Pues si no la acepta, Marqués, replicó el cura solemnemente, convendrá conmigo en que, ó bien padece una obcecación ó pretende imponernos su voluntad dando á esta discusión distinto alcance del que tiene.

—Entonces negarán ustedes que sus esfuerzos no se emplean en socorrer las necesidades públicas y privadas.

—Nadie puede negar tal cosa, por cierto, muy diferente de lo que tratamos, pero puesto que me obliga á ello le diré: que en las divinas leyes del Dios-hombre tiene sanción el religioso principio de la igualdad humana; por eso cuando se trata de infringir tan sabio y humanitario pensamiento que de modo tan sublime incluye la mayor perfección y suma legalidad ¿no es causa más que sobrada para levantar tempestuosas protestas?

—Pero, si no se infringe. Si todos, todos, absolutamente todos, contribuyen al socorro de los necesitados ¿por qué se han

de levantar tempestuosas protestas! balbuceó el Marqués.

—¡Por qué! ¡Por qué...! Porque no todos lo hacen, y los que lo hacen lo practican fuera del orden de la oportunidad y en desproporción de sus cuantiosas fortunas, en tal grado, que tocan en la raya de lo mezquino y ruin, lo cual, tasándolo en su justo valor, supone muy poco; y si algún mérito tiene su intención, la reduce á la mayor insignificancia su pregonada filantropía.

—Es decir, que según usted, don Miguel, debe ejercerse la caridad con despilfarro ¿no es así?

—No, señor; nunca. Siempre, con arreglo á los bienes disponibles.

—Pero, don Miguel, ¿no le resulta á usted un absurdo pretender tasar la caridad?

—Está equivocado, Marqués; ni la taso ni esto puede hacerse; pero lo que sí me resulta absurdísimo, y nada conforme con la caridad, ni siquiera con los sentimientos humanitarios de los que hoy tanto alarde se hace, es que, personajes y colectividades poseedoras de grandes fortunas

hagan dádivas que tocan en la línea de lo misérrimo, dándose ridículamente tono de espléndidos bienhechores del pobre.

—Y algunos lo son en efecto.

—Pero no me refiero á ellos, sino á la inmensa mayoría que lo hacen por el maldito qué dirán, por no desmerecer en el concepto social, ejerciendo la caridad con un miserable puñado de monedas de cobre, y cuando más con algunas pesetas pregonándolo antes y después á gritos por los periódicos, despilfarrando en cambio cuantiosas cantidades en *soirees*, en lujos excesivos, en caprichos y vanidades, en el juego y en... lo que no quiero decir, y sabe usted sobradamente.

—¡Es claro! Hará más aquella persona que da cinco miserables céntimos ¿eh? repuso el Marqués.

—¡Qué duda tiene! replicó el cura indignado. Aquél que da, generalmente hablando, esa cantidad es quien ni cobra rentas, ni dispone de medios de fortuna; de donde resulta que se lo resta á sí mismo, y su rasgo espontáneamente hecho brilla espléndidamente; ¿por qué? porque su desprendimiento no obedece á excitación de

ningún compromiso, sino á su libre voluntad movida por la conmiseración que la inspira la miseria de su prójimo.

—Pero tenga usted en cuenta que muchas personas explotan la caridad pública en las capitales, sin ser verdaderamente necesitadas.

—Sí, Marqués; lo sé de sobra; pero no me refiero á ellas: me refiero á las verdaderamente necesitadas, que no se exhiben, y que no imploran la caridad como una industria. Y en cuanto á las personas que dan cinco céntimos diré á usted, nuevamente, que sin duda alguna tienen más mérito que las otras, ante Dios y ante los hombres; porque quien con tan escasos medios para atender á sus necesidades da cinco céntimos resulta mucho más, infinitamente más espléndido que aquel cuyas solas rentas constituyen una fortuna ¡esto es obvio!

—Ahí tiene usted, D. Miguel, grandes establecimientos de caridad ó Asilos, donde se cuida perfectamente á los asilados, con buenas camas, luz y edificios saneados, y una alimentación..... vamos, que no puede ser mejor.

—Pero Marqués ¡eso resulta un sarcasmo! Y acaso los acaudalados, de quienes estábamos tratando, son los que sostienen esos establecimientos benéficos? Quiénes los fundan y quiénes los sostienen? Esos *cinco céntimos* de que se desprende generosamente el que tiene escasa fortuna y múltiples y perentorias obligaciones. ¡Ah! si los acaudalados empleasen en estos asilos aunque no fuera más que lo que despilfarran neciamente... Me veo obligado además á decirle que la mayoría de los asilados son seres inútiles, y los que no, trabajan en algunos oficios que producen ciertos rendimientos, y, sin embargo, nada de esto responde á sus grandes necesidades por los escasos medios de que se dispone para atenderles debidamente. Créame usted, Marqués, esas grandes miserias están desdichadamente mal remediadas por los gobiernos, sobre todo desde que éstos se incautaron de los bienes que los fundadores legaron para el sostenimiento de esos establecimientos faltos hoy de la caridad cristiana.

—No le entiendo á usted. De la clase alta viene á dar con los gobiernos, ¿en qué



quedamos? ¿Son éstos ó es aquélla la culpable de tales errores?

—Son todos; aquélla y aquéllos, y tenga por muy seguro que variarían sus procedimientos si respiraran algún tiempo el ambiente asfixiante de la miseria.

¡Oh!... si por los impulsos de la piedad, y á título de investigación llegaran á respirar tal ambiente los gobiernos y los personajes aristocráticos, verían retratada cierta reprimida ferocidad en los semblantes demacrados y amarillentos por la miseria, por el rudo trabajo de sus juveniles días, produciendo en el ánimo una impresión harto dolorosa y terrible.

No comprende, Marqués, que si tal visita realizaran, sería el más rudo golpe que recibiera su soberbia?

En conclusión: cuando por cualquier circunstancia de la vida se presencia el cuadro aterrador de la miseria con todos sus horrores, siéntese el corazón dolorosamente oprimido, y de él brota y acude presurosamente á los ojos la ardiente lágrima que escalda la mejilla; y con ímpetu soberano se remonta á la región del amor noble y santo, de ese amor que compasivo

llora con los que lloran y se convierte en misericordia que tiende la mano al pobre y al desvalido aliviando su miseria, enjugando sus acerbos lágrimas y mitigando sus dolores indefinibles.

¡¡¡Qué tiene, pues, de extraño, que las víctimas de la miseria se esfuercen en rechazarla hasta por medios ilícitos y tumultuarios, puesto que esta sociedad egoísta se obstina en precipitarlas al abismo!!!

. . . . .

El Marqués, se quedó mirando mudo de asombro al cura Don Miguel, cuando terminó éste de exponer tan magnífica filosofía.

Don José, sin poder dominar su entusiasmo, llegóse hasta Don Miguel, y tendiéndole la mano, que le estrechó éste algún tiempo, se quedó mirándole y con vigor y enternecimiento le dijo:

—Las hermosas y grandilocuentes palabras de usted, merecen esta expresión de gran cariño que me honro tributarle en presencia del Marqués.

—Y yo celebro el discurso y la alegría que á usted le ha producido, replicó éste con displicencia.

—Pues yo celebro doblemente que haya tenido ocasión de presenciar que el caudal de mis tristezas no ha llegado á su agotamiento.

En tanto decía esto D. José, el Marqués consultó la hora de su reloj de oro con visibles señales de inquietud, acariciándole varias veces entre sus manos, hasta que volvió á guardárselo.

Durante unos instantes los tres hombres permanecieron silenciosos hasta que el Marqués, dirigiéndose á Don José, se me ocurre, le dijo, una idea nueva ¿por qué no se protege al talento para que sus frutos redúnden en beneficio de los demás?

—Eso cabalmente pensaba preguntarle, Marqués, y eso cabalmente le pregunto contestándole con tal pregunta. Además, puede usted decirme ¿por qué el gobierno de la nación se vincula en los políticos de oficio y no se trata con interés de buscar al talento dispensándole la debida protección para que sus iniciativas y conocimientos sean aprovechados por la Patria? ¿No le parece, Marqués, que este sistema importa una de las muchas miserias que sufrimos tan perjudicial y tan desastrosa, que

sería difícil, por no decir imposible, enumerar sus fatales consecuencias?

—Pero de dónde deduce usted eso, Don José?

—¡Que de dónde lo deduzco! De lo que vemos, esto es; que la gobernación de los asuntos del Estado no la ejercitan más que muy contado número de personas que suceden unas á otras con ligeras alternativas en el poder, lo cual perjudica á la nación muy notablemente, siendo esto causa eficaz de nuestro atraso y decadencia. ¿No comprende usted, Marqués, que los hombres que no tienen estabilidad en sus cargos no pueden dominar nunca sus asuntos, y menos realizarlos? Cómo es posible, pongo por ejemplo, que un Ministro de la Guerra, de Marina, etc., pueda llevar á debido efecto la completa organización de tan importantes organismos sinó se le da tiempo para hacerlo?

—¡Oh! el Ejército... la Marina! Usted también es de los que piensan que sin ejército y sin marina no podemos ser nación. ¿Para qué se quiere esta última, sobre todo, sinó tenemos ya posesiones en América y Filipinas que defender? ¿No

conviene usted conmigo en que todo nuestro interés consiste, únicamente, en lo que debemos llamar nuestro solar patrio, y que todo lo demás es innecesario?

Don José, miraba al Marqués, con tal muestra de extrañeza, que no pudiendo reprimirla más tiempo degeneró en una sonrisa que no fué del agrado del prócer.

—Me llama la atención que dé usted tan escasa importancia á lo que he dicho: ¡que! ¿no tengo razón?

—Ninguna, Marqués, ninguna. Ni usted ni cuantos piensen como usted, sean quienes quieran, y argumenten como les venga en talante; y si toda la fuerza de su argumentación consiste en esto y en la cuestión dinero, menos aún.

—¿No ciñen dos mares las pobladas costas de nuestra Península, el uno el Atlántico y el otro el Mediterráneo?

—Sí señor.

—Qué defensas son necesarias para evitar un bloqueo á las poblaciones de costa, y tras de esto una invasión?

—Barcos de guerra.

—Y no teniéndolos en número suficiente, ¿qué debe hacerse?

—Construirlos ó comprarlos; pero yo creo que con los que tenemos son bastantes, porque para hacer el servicio de vigilancia de costas...!

—Bueno, Marqués; quedo bien impuesto en que usted es de aquellos que son partidarios de dejar su casa con las puertas abiertas ¿no es así?

—No señor; mis criados las cierran todas las noches; porque así evito el robo.

—Pues esto mismo necesita hacer la nación con tales fines; tener naves de guerra para su defensa, y en unión del ejército obrarsegún determinen las circunstancias. Y no necesito evocar recuerdos gloriosísimos de aquellos que se llamaron Pizarro, Hernán-Cortés, Juan de Austria, Alvaro de Bazan, Gravina, Churruca, Méndez Núñez, y muchos más; y burladores de bloqueos como el marino mercante Deschamps.

—Pero á qué viene citar esos nombres!

—Pues á desvirtuar alguna reticencia sospechosa que se le pudiese ocurrir á usted en merma de los que son salvaguardia de la nación.

—No me ha ocurrido tal idea.

—Lo celebro, y no puedo menos de decir, que estos marinos y estos soldados, y este pueblo, son hijos de la misma madera de España, ¡¡¡de aquella España!!! que paseó triunfantes sus pendones desde uno al otro confín del mundo, unciendo al yugo de su carro victorioso á Emperadores, Reyes y Soberanos, difundiendo la hidalguía caballerosa, demostrando el valor con desprecio y regando con su sangre los campos de ambos hemisferios haciendo enmudecer de espanto á toda la tierra.

Sí, Marqués, aquí lo que solamente necesitamos es un Gobierno que abra la válvula del patriotismo, protegiendo en primer término el libro que enseñe ésto, como base de grandes sentimientos de grandeza y de ilustración, y después un Sindicato nacional del Reino, que bajo la protección é inspección del Gobierno se cuide activamente de la Agricultura, la Ciencia, las Artes, el Comercio, la Industria, la Navegación y el Ejército terrestre y marítimo, puesto que sobran recursos para ello.

—¡Que sobran recursos!

—Para mucho más que ésto. Que se trate de estimular la riqueza privada, desterrándola de los sótanos de los Bancos de crédito y de los que la amparan, que haya moralidad en la Administración... y entonces... hablaremos.

—Ya lo creo que hablaremos, ¡con una Deuda Exterior y otra Interior ¡que no son nada!

—Son bastante, Marqués, ¿lo entiende usted? Pues con ser bastante, tiene—sobradamente—la nación española para acometer las empresas enunciadas ¡y acaso más!

—Difiere bastante de la realidad. No opinan así ni el duque A ni el conde C, que tienen probado lo contrario en el Parlamento con informes luminosos y trabajos de gran mérito.

—Conforme en cuanto á los trabajos, no suyos, y sí de otras personas de menos relieve y más talento, pero no en cuanto á la realidad de los mismos, porque son convencionales.

—Hasta ahí llega usted, á negarles suficiencia intelectual.

—¡Pues es claro! Si la mayor parte de esos grandes no saben sumar una partida



de diez renglones, cuanto más ocuparse en asuntos de estudio profundo, ¡y muchos! ni aun somero.

¿No sabe el Marqués, que la educación que reciben las clases elevadas es con arreglo á la posición que ocupan y á los fines que persigue? Entiéndase bien, en la mayor parte de ella.

—Veo que usted, D. José, fustiga despiadadamente.

—No es este mi carácter: no son tales mis ideas, ni abrigo propósitos mal intencionados, ¡pero cómo quiere usted que me declare yo mismo *et secumdem quod demonstratum est*, rendido servidor de lo que no debo!

—D. José, no tanto, no tanto.

—¡No tanto...! ¡No tanto...! Yo repito que más, mucho más, replicó D. José con enfático acento. Y después de un breve silencio, insistió:

—Me permite el Marqués terminar?

—Sí; lo deseo, contestó contrariado; porque esto toma el sesgo de un cuento de las Mil y una noches.

—Pues bien; á raíz de nuestros desastres oí con harta frecuencia, y aun hoy

mismo, pues usted me lo ha dejado traslucir, que para qué necesitamos barcos y cuidar del aumento é instrucción de nuestro ejército, y cada vez que lo he escuchado he sufrido un verdadero disgusto; porque nunca he podido suponer que pensando bien, se opinara tan mal.

—Pero usted cree que estamos amagados de grandes peligros?

—Yo ni lo creo, ni dejo de creerlo. Lo que creo es que, casa bien defendida está bien guardada, y si yo no me defiende, nadie me defenderá. Y volviendo á lo anterior; ¿quiere usted probarme, Marqués, por qué España no puede acometer grandes empresas?

—Ya le he dicho á usted que porque no cuenta con recursos.

—De modo que no estando manando oro no se pueden acometer grandes empresas?

—Claro.

—Y dígame usted: ¿nadaba oro Isabel la Católica apoyando á Colón; manaba oro España cuando la conquista de Méjico, cuando la gloriosa jornada de Lepanto, cuando las guerras en Flandes, cuando...?

—Indudable.

—De modo, que según usted, todo se ha conseguido á fuerza de oro.

—Indiscutible.

—Y en nuestros días también han conseguido á fuerza de oro sus conquistas Inglaterra en el Transvaal y el Japón en la Mandchuria?

—Claro.

—Pues no es claro, Marqués; lo claro es el cúmulo de patriotismo que unos más que otros han sumado, como el ejército nuestro en Marruecos y posteriormente en....

—No digo nada, D. José. ¡Vaya, dejemos ésto!

—Veo que rehusa usted, Marqués, que continuemos cuestionando sobre este punto.

—Sí; desde luego.

—Bueno; pero no puedo pasar en silencio un hecho uniforme y constante deducido de nuestra pasada historia, sin dedicarle un merecido y cariñoso recuerdo, para ejemplo de los presentes y de los venideros: lo diré con todo el entusiasmo de mi alma netamente española:

Nuestro ejército obedece á la razón de su raza. Nuestros marinos tienen las mismas dotes intelectuales y los mismos entusiasmos que sus gloriosos predecesores, y nuestro pueblo la condición de altiva independencia; y pueblo, ejército y marina, han figurado entre los mejores del mundo, sin desconocer el mérito de los demás; y si hoy no figuran, cúlpese, no á la marina, no al ejército, no al pueblo, sino á la desastrosa política de nuestros gobernantes, á nuestra pésima administración y á la falta de espíritu patriótico y sobra de egoismos y afán de medros personales que reina en todos los que viven ó quieren vivir á la sombra de la política; que recibiendo su impulso de partidos con ideales opuestos, ha causado nuestra ruina y nuestro descrédito en todos los terrenos; y cuando oiga usted decir que nuestros marinos han sido vencidos, asegure usted, sin temor de equivocarse, que lo han sido por la superioridad de las naves y su número, no por la calidad de sus tripulantes, pues aún se escucha, cuando el mar embravecido levanta las espumosas olas que se estrellan contra las rocas de las

costas, entonar con sus mujidos las mejores odas en loor de los héroes inmortales españoles. Morir heroicamente supone más, mil veces más, que vivir con vilipendio. ¡El honor es la gloria!

. . . . .

Gran estupefacción causó este arranque de amor patrio en el Marqués, y en D. Miguel significativo agrado. D. José, á pesar de los efectos que notaba en sus oyentes, no se dió más importancia personal que la de encerrarse dentro de los límites de la dignidad suprema de la razón.

Después de un momento, en que el Marqués se quedó pensativo, como quien trata de coordinar ideas, se dirigió á D. José, diciéndole:

—Ahora recuerdo que me dijo usted antes, que la causa de nuestro atraso y decadencia consiste, en que la gobernación del Estado no la ejercitan más que un muy contado número de personas que se suceden en el poder con cortas alternativas. ¿No es así?

—Eso he dicho.

—Pues tenga usted entendido que es porque así lo exigen los programas y promesas políticas, y claro es, por tanto, que unas á otras se sucedan para poder cumplirlas.

No lo veo tan claro como me dice usted, Marqués, ni veo tal necesidad. Considero innecesarias y perjudiciales esas continuas alternativas; y esos programas y ofrecimientos huelgan absolutamente. Siguiendo la consecución de lo que orgánicamente es necesario hacer, sobran programas, y mientras un Gobierno obre en este sentido con inteligencia, honradez y patriotismo, debe permanecer en su puesto.

—Repito á usted que cada partido político ó fracción política tiene su programa y promesas ¿ó no me entiende usted?

—De sobra, Marqués; pero lo que necesita usted entender de una vez, es que lo que cabalmente huelga y perjudica son esos partidos y esas fracciones, y lo que hace suma falta son hombres de gobierno verdaderamente patriotas para ser lo que no somos y tener lo que no tenemos.

—Vamos! Por lo visto es usted partidario de la patriotería tan cantada por él

pueblo, que cree que el patriotismo es andar á tiros y en guerra continúa con el mundo entero para tener así lo que queremos. No lo creí en la ilustración que le reconozco.

—Eso que acabo de oírle decir, Marqués, replicó D. José con entereza, está fuera del sentido verdadero y conveniente y aun del sentido común y me atrevo á asegurarle que no hay ninguna persona de regular criterio que lo dé tan equivocada interpretación.

—Pues, sí, señor; así lo entiende la generalidad.

—¿Conque así cree usted que lo entiende la generalidad de las gentes? Ah, señor Marqués! qué manera tan donosa de extraviar la opinión confundiendo una cosa con otra.

—Eso digo yo. Esas palabras hago mías, y no dude usted que así se entiende el patriotismo por parte de muchas personas de la clase media y de la clase baja.

—Está usted completamente equivocado; porque ni se entiende así, ni es así, ni hay quien teniendo sentido común, pueda dar á tal idea el alcance y significación que usted las atribuye.

El amor sincero y práctico á la patria es lo que constituye el patriotismo y los gobiernos y clases acaudaladas tienen muy estrecha obligación, no sólo de ser los primeros en dar el ejemplo, si que también de excitarlo y alentarlo por cuantos medios estén á su alcance, sobre todo en desenvolver y fomentar las riquezas de la agricultura, del comercio, de las industrias, las artes, las ciencias y la navegación, dando impulso vigoroso á cuanto tienda á su engrandecimiento.

—No cree usted que España está en una situación hartamente lastimosa para mal de todos?, preguntó el Marqués.

—Tan desdichadamente mal, que es imposible hacerme creer lo contrario, y por esto mismo repito, que si en lugar de hacer girar la política solamente alrededor de conveniencias personales, se dirigiera á los fines patrióticos que he indicado, se solucionaría con éxito; porque se trata de una nación, cual es la nuestra, que tiene grandes veneros de riqueza sin explotar todavía y que por falta de patriotismo no sale del marasmo, empobrecimiento y atraso en que malamente vegeta.



—Permítanme ustedes les anuncie el poco tiempo que puedo estar en su compañía, pero antes de separarnos me alegraría saber una cosa, dijo el Marqués, con premeditado agrado.

—¿Y qué es ello?

—La opinión suya respecto á los separatistas catalanes.

—Ya he dicho antes, Marqués, que todos los que como ellos piensen y obren, merecen el calificativo de *espúreos*.

—Y usted cree que puede influir el carácter en sus ideas?

—Hasta cierto punto es posible; porque los naturales de aquella región son de un carácter duro y pertinaz, poseídos de un inmoderado amor propio que degenera en egoísmo, lo cual hace creer que tienen el corazón en la cabeza, pero sin negarles nunca su cualidad de honrados y laboriosos.

—Y se puede disculpar que sus ideas separatistas sean producto de otras exajeradamente avanzadas?

—De ninguna manera. Nada hay que autorice tal extremo, cuya sola enunciación sonroja.

—Ahora bien; si es que ésto lo practican como una protesta contra la desmoralizada administración, poca estabilidad en los gobiernos, la corrupción de la política, las mil y mil fracciones en que estamos divididos, las exageradas ideas de una libertad mal entendida y peor practicada, y otras causas diferentes que hacen que vivamos en plena división moral y política, es tanto más censurable su conducta; porque ninguna razón hay para que las faltas de determinadas personas las hagan recaer sobre la Patria, siempre amante, inocente y pura.

—¡Qué persona hay que no advierta en ellos, á poco que les trate, un amor propio, egolátrico, que les es peculiar, creyéndose superiores á los demás!

¡Y qué persona de mediano sentido intelectual admite en su cerebro tan ilógico pensamiento de idolátrico egoismo, fuente natural de desorden y como consecuencia de éste, la desmembración!

Sin olvidar un instante sus cualidades de laboriosos é inteligentes, con las cuales hacen más productivas sus industrias; ¿á qué nación se incorporarían, dado

caso que esto sucediera, que no los mirara con constante enojo y alarmante recelo?

¿No estuvieron unidos á Francia desde el año 1641 hasta 1654? Les protegió esta nación por ventura? Fueron atendidos mejor que por su madre natural? Además, y á pesar de su laboriosidad é inteligencia ¿puede competir su industria con la francesa? Y dado caso que compitiera, ¿cuál de las dos sería protegida por la nación vecina?

¿Es tal su ignorancia que no saben, y si lo saben no lo quieren recordar, la inmensa serie de desastres que sobre la madre patria, y sobre sí mismos se atrajeron los catalanes, que efecto de su malhadada rebelión perdimos las provincias de allende los Pirineos?...

Y por último, ¡quién de ellos es capaz de creer que ven las naciones con agrado entrar por sus fronteras á los que por toda garantía llevan el pasaporte execrable del PARRICIDA!...

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

—Señor Marqués; no entiende usted como nosotros, y al decir esto se volvió á mirar al cura ¿que debemos poner término á esta conversación?

—Sí; pero me permito rogar á usted algún recuerdo suyo.

—Algún recuerdo mío ¿de qué clase ha de ser?

—De lo que usted crea más conveniente. Y sacando D. José de uno de sus bolsillos un papel con varios dobleces, se lo entregó diciéndole: ahí tiene usted eso que no es más que un pasatiempo, pero pertinente al asunto patriótico que hemos tratado.

Una exclamación de sorpresa lanzó cuando terminó de desdoblarle.

Señores; voy á finalizar dando lectura á lo que se dice en este escrito, que es un resumen muy de mi agrado: con que así les suplicó un poco de atención.

Y con voz firme y acentuando algunas frases comenzó:

## ¡PATRIA!

Dios coloca las grandezas  
contra la soberbia humana  
en la gota del rocío  
en la perla de una lágrima;  
lo infinito en los misterios  
lo inmenso en las esperanzas.

Cuanto embellece y sonríe  
y alegra y perfuma y canta,  
en humo y polvo se torna  
en sombra y ceniza acaba.

Así van los poderíos  
de leyes, tronos y razas  
al abismo del pasado,  
al abismo de la nada.

—

Si tus escarpadas sierras  
causan miedo al contemplarlas,  
y tus montañas abruptas  
infunden pavor al alma,  
y en tus profundos barrancos  
se señalan tus hazañas,  
y tus llanos aún recuerdan  
¡casi imposibles batallas!  
el mundo entero te admira  
por tu condición gallarda,  
juzgándote el prototipo  
del valor, fe y constancia.

Tus colosales grandezas  
aumentan si se comparan  
con los esfuerzos heróicos  
de bizzarria soñada  
con el tesón, la bravura  
y esplendidez de gran dama  
que llega á lo incalculable  
si tratara de narrarla.

—  
Y como nunca se muere  
cuando te engrandecen ¡Patria!  
pueblos, naciones y reyes  
conocen tu honor y fama.

Por eso es tu gloria eterna  
que refulge abriillantada  
por la historia de los siglos  
en sus más preciadas páginas.

El mundo construye altares,  
templos el arte levanta,  
tu nombre venera el mundo  
y corona tus estatuas.

Jamás darán los poetas,  
ni los pueblos, ni monarcas  
más grandezas á tu genio  
ni más glorias á tu fama;  
¡que afluyen al mar los ríos  
y en el mar no aumenta el agua!

Bien, bravo, bravísimo, exclamó Don Miguel, por cuyas mejillas se veían desli-

zar pequeñas lágrimas; Marqués, dijo emocionadísimo, nunca he oído nada tan soberbiamente magnífico como lo que acabo de escuchar ¡con qué cariño; con qué justicia y con qué entusiasmo trata á la Patria!

Por todo eso, y por la delicada filigrana con que está bordada, merece los honores justos del mérito y de nacionalismo purísimo, dijo el Marqués. Nunca he oído cosa mejor ni que más me haya agradado, lo confieso ingénuamente; por lo tanto, amigo Don José, reciba usted mi mejor y más cumplida enhorabuena.

Y la mía también, dijo el cura, estrechándole entre sus brazos. ¡Si yo fuera rey, daría á usted su merecida recompensa!

—Gracias, amigos míos, gracias; pero ustedes me permitirán que rehuse tal honor, por inmerecido.

Demos á la Patria ese amor y ese agradecimiento, pues sólo ella se lo merece para hacerla grande y noble; porque el amor no vive de platonismos, sino de realidades siempre hermosas, puras y placenteras: que el amor, como procedente del

eterno Fontal, que es Dios, es eminentemente práctico.

—Es cierto; añadió el cura Don Miguel, pues como dice el Evangelio «No sólo de pan vive el hombre» sí que también engrandeciendo el horizonte de los cielos de las hermosuras de la Patria, que Dios contempla placentero, amando sus GRANDEZAS y llorando y corrigiendo sus MISERIAS.

Por lo tanto yo decretaría lo siguiente:

De conformidad con lo dispuesto en la Constitución del Estado se castigará, desde la publicación de este Real Decreto, el delito separatista contra la Patria con—

La confiscación total de bienes y con cadena perpetua.

Y con cadena perpetua los que no tuvieren bienes de fortuna, sin tener para nada en cuenta sus títulos, cargos ni categoría.

Y de esta manera se desarraigarán hasta los gérmenes de rebelión, contribuiremos á dar á la Patria las GRANDEZAS—que se merece—extirpando sus MISERIAS.

—Con que señores, dijo el cura; terminemos tan importante sesión con tan gallardas muestras de patriotismo; con nosotros



creo que están los hombres honrados con talento, y sin él, que tanto valen ahora unos y otros, solamente los hombres políticos, sin distinción, son los que están en el deber de corregir y practicar ¡por mucho que sepan! lo que aplaude y combate en general

ESPAÑA,

GRANDEZAS Y MISERIAS.

Medina del Campo 1 Febrero 1906.



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Prólogo.. . . . .	V
Dedicatoria. . . . .	XIII
Castilla. . . . .	1
Visita inesperada . . . . .	9
Emigración. . . . .	21
Los camaradas. . . . .	37
La Patria honrada.. . . . .	49
La Patria deshonrada. . . . .	65





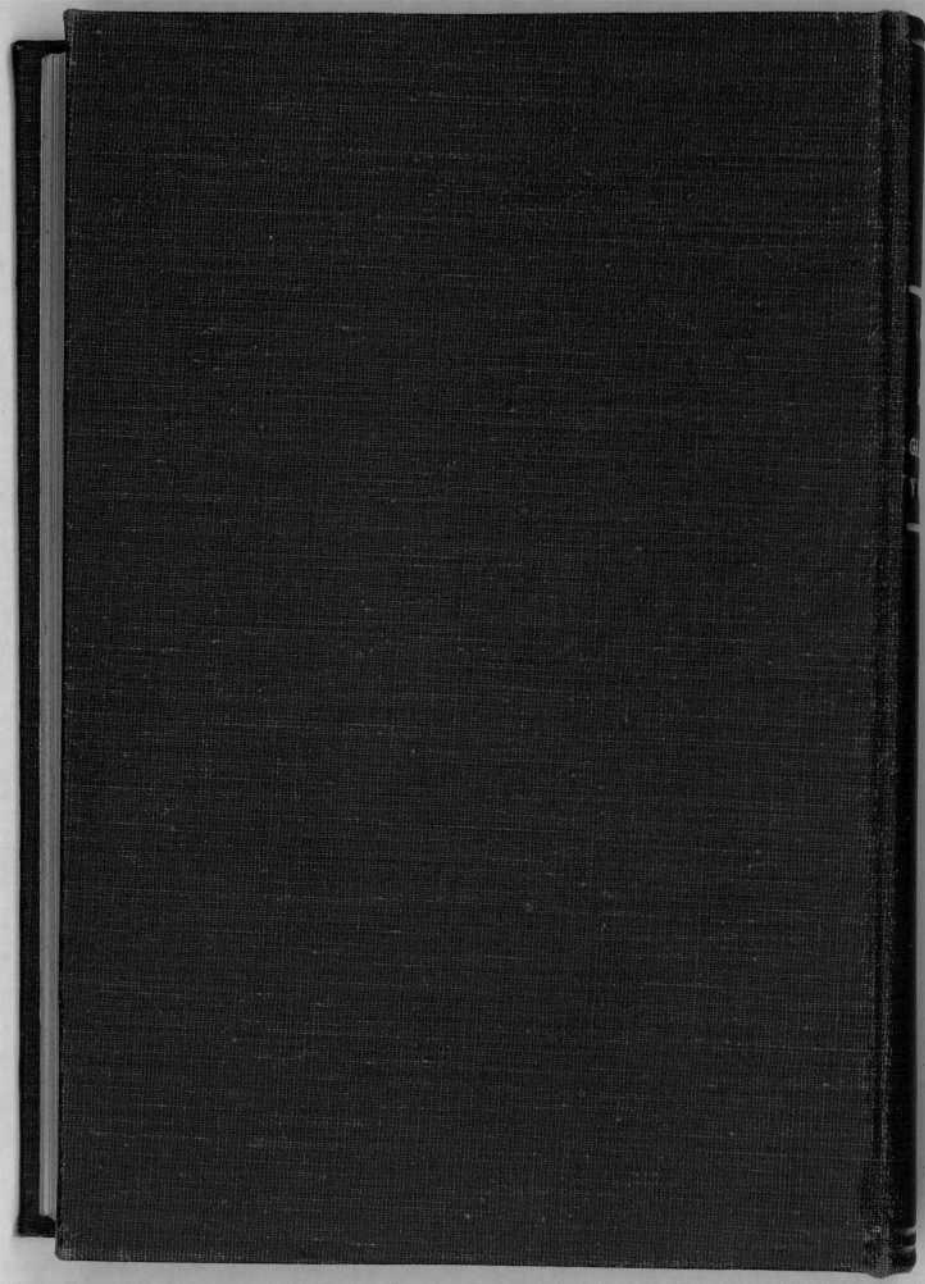
polla y pollo











---

J. GARRA

ESPAÑA

GRANDSAL

Y MISMA

---